

LA PREHISTORIA DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

María Cruz Fernández Castro

Editorial Crítica
Barcelona 1997

Resumen Realizado por David Chacobo

EL CALCOLÍTICO

LAS COMUNIDADES SURORIENTALES DEL CALCOLÍTICO

Hasta la aparición de los artefactos de metal no tendría lugar una nueva división del trabajo entre los miembros de las comunidades prehistóricas que les llevaría más allá de la subsistencia. De este período datan estos impresionantes monumentos arquitectónicos que son los megalitos de la Europa occidental, testimonio permanente de los logros de aquellas comunidades en el campo de la construcción. Puede que todavía no fueran metalúrgicos, pero ocupan una posición especial en la secuencia prehistórica y generalmente se les identifica con las primeras habilidades metalúrgicas. Los constructores megalíticos y los primeros metalúrgicos tienen suficiente importancia, en la prehistoria ibérica, para sostener la línea divisoria entre dos edades, más allá de la cual hay un proceso discontinuo cuyo origen se encuentra en este punto decisivo. En la Península Ibérica los rasgos del período son especialmente visibles en dos comunidades independientes que vivían en territorios geográficos muy distintos: las regiones suroriental y suroccidental.

El Calcolítico en el sureste de España (Almería, Granada Oriental y Murcia meridional). En Almería, región de tierra baja y árida, existe un importante asentamiento y necrópolis del Calcolítico que ha dado nombre al período: Los Millares. Hay en él fortificaciones y estructuras sepulcrales cuyo carácter distintivo no tiene precedentes. En otro tiempo había una única “explicación” de la singularidad de Los Millares y yacimientos parecidos en la región: la llegada de colonizadores. Esta atractiva teoría fue refutada más adelante.

Un Nuevo Planteamiento Teórico. La región donde está situado el yacimiento de Los Millares es una de las más áridas de toda Europa. Como es natural, la etapa primaria de la metalurgia del cobre debió de producir algunos cambios en la vida cotidiana de las comunidades surorientales del Calcolítico ibérico. Sin embargo, no constituye el único motivo para una transformación total del sistema social. Puede que otros factores tales como un incremento del crecimiento demográfico, métodos más eficaces para cultivar la tierra o mejoras de las relaciones comerciales contribuyeran en gran medida a que tuviese lugar un cambio social significativo en el período millarenses. Una comunidad próspera como la de Los Millares sólo podía basar su subsistencia en la utilización apropiada de los recursos de agua de que disponía. Como demuestra la arqueología, los métodos agrícolas que se adopten para producir trigo, cebada y lino deberían basarse en un sistema de riego. Al parecer un sistema hidráulico llevaba agua desde un manantial natural hasta los campos del lado occidental del Cerro de la Virgen (Granada). Este descubrimiento ha tenido repercusiones considerables en los informes paleoclimáticos, agrícolas, sociales y tecnológicos. En algunos yacimientos (Gatas, La Bastida de Totana e incluso en Los Millares) han confirmado la teoría de que en los asentamientos surorientales del Calcolítico existía un sistema de riego organizado y comunitario.

Se postuló una sociedad dividida en rangos, cuyos líderes gozaban de una posición privilegiada. Con el fin de conservar su poder, tales líderes gozaban de una posición privilegiada. Con el fin de conservar su poder, tales líderes harían todo lo posible por proporcionar agua, o mejorar el suministro, por sacar provecho de los recursos del cobre y del comercio de artefactos exóticos. En este planteamiento teórico, las comunidades del Calcolítico en la región suroriental responderían a la deficiente tierra de labranza y la insuficiencia y la irregularidad del régimen de lluvias organizando métodos de conservación y desviación del agua. Un proceso de esta índole requería líderes dispuestos a consolidar su prestigio por medio de la creatividad tecnológica.

El número de asentamientos del Calcolítico y, en particular, el número de tumbas documentadas indicaban un considerable crecimiento demográfico que tendría repercusiones profundas en la producción agrícola a lo largo de los años. El crecimiento de la población fomentaría una distribución más eficiente de la mano de obra y puede que a esto se debiera la creación de grandes centros de control, tales como el gran yacimiento de Los Millares.

Sin embargo, también se hizo evidente que hay dos regiones diferentes en el sureste de la península en las cuales los asentamientos del Calcolítico muestran rasgos de un carácter “millarense” genérico, una de las cuales es más seca que la otra. Hay un región de tierras altas (la zona húmeda) y una región de tierras bajas (la zona árida). La región árida abarca las tierras costeras de las provincias de Murcia y Almería. La región húmeda tiene unas características geográficas diferentes. El régimen de lluvias y la vegetación varían mucho entre el litoral y el interior de la provincia de Granada. Los métodos de cultivo de estas dos zonas también son distintos. En el este, junto a la costa, el problema es la falta de agua. Mientras que en el oeste, a cierta altitud, el problema es el frío intenso que reina durante el invierno.

Estudios recientes de la paleofauna han demostrado que en aquel tiempo abundaban los animales salvajes como el ciervo, el jabalí, el buey sin domesticar, la liebre, la codorniza, etc. Estas especies animales no hubieran sobrevivido sin agua. Los indicios, pues, señalan un paisaje prehistórico de bosques densos y, por consiguiente, durante el Calcolítico las precipitaciones debían alcanzar niveles más altos que los actuales. Se ha demostrado que los bosques eran rasgos naturales de la región de tierras altas y que el *Pinus* y el *Quercus* eran componentes habituales del paisaje. Parece ser que la vegetación ha sufrido grandes alteraciones en los tiempos históricos, debido principalmente a la intervención humana y a la erosión natural. Las variaciones del entorno afectarían tanto a la región árida como a la húmeda. Los análisis del carbón vegetal procedente de Los Millares efectuados hace poco indican que el paisaje circundante tenía una densa vegetación que consistía en encinas y otros arbustos mediterráneos.

Fortificaciones en Los Millares. Comoquiera que las murallas son el rasgo más destacado de Los Millares y asentamientos parecidos, es importante determinar si esas comunidades se hallaban en estado de guerra permanente o si sencillamente habían disfrutado de una categoría especial entre otras comunidades sin defensas comparables. En el lado occidental, atravesando la llanura, la muralla prehistórica encierra la zona del asentamiento. Se hicieron enormes esfuerzos por fortificar y proteger el lugar. Se construyeron tres líneas de defensas así como un cuarto recinto superior. La muralla exterior tenía no menos de 19 bastiones.

El muro de en medio se construyó a 76 metros de distancia del muro exterior. No ha sido examinado rigurosamente, pero parece que en otro tiempo hubo torres empotradas en él. El tercer muro, a una distancia de 80 metros del central, también ha sido estudiado de forma insuficiente, aunque sus caras (construidas con piedras pequeñas) y su núcleo (de cascajo y barro) revelan una técnica de construcción parecida. Finalmente, en lo alto del yacimiento hay restos de distintas estructuras.

Pero su carácter fortificado es atribuible a los 310 metros de muralla defensiva que hay en la línea exterior. La mayoría de los bastiones son semicirculares y tienen entrada desde el interior. Hubo vida doméstica junto a los muros. Al lado de la parte interior de los bastiones, o apoyadas en la muralla, había varias chozas, es decir, casas de planta circular y cimientos de piedra.

Los restos arqueológicos indicarían que la muralla exterior no siempre u obligatoriamente cumplió la misión de resistir los ataques de gente armada. Sin embargo, el importante sistema de fortificaciones del asentamiento refleja la gran necesidad de protegerse de la gente de fuera. El volumen de armas descubiertas en el yacimiento mismo es a todas luces insuficiente para sugerir que se hizo pleno uso de las murallas durante más de medio milenio (2500-1800 a.C.) No hay indicios de fortificaciones en ninguno de los yacimientos del Calcolítico que se conozcan de forma suficiente y estén cerca de Los Millares.

En la zona occidental de la región las estructuras construidas en el Calcolítico son, de hecho, más conocidas que las del territorio oriental. Sin embargo, tampoco allí se repite el sistema de fortificaciones de Los Millares. En realidad, ninguna de las fortificaciones descubiertas en los asentamientos de la zona occidental (provincia de Granada) puede en rigor asociarse con Los Millares. Sin embargo, puede que El Malagón sea un caso excepcional. Comparte una segunda característica con Los Millares: un fortín en la cumbre de una colina cercana.

Medios de Vida. La agricultura de subsistencia dependía del cultivo de cereales (maíz, cebada y centeno). La caza también era una ocupación productiva en la zona interior. Junto al mar, en Terrera Ventura, la dieta se complementaba con especies marinas comestibles tales como moluscos. La ganadería comprendía el mantenimiento de ovejas, cabras, cerdos y ganado vacuno. No obstante, en el Calcolítico el cultivo y la producción de cereales debía de ser la ocupación diaria de la mayor parte de la población.

Tecnología y Metalurgia. Llegó el momento, en la secuencia de Los Millares, en que empezó a utilizarse el metal para producir cinceles, punzones y cuchillos. Parece, pues, que la metalurgia es una ciencia que se inventó para satisfacer las necesidades de los trabajos manuales. Fundir cobre era una habilidad especial en los que estaban lo suficientemente avanzados como para comprender el proceso de la fundición de metales. Al principio ayudaban principalmente a los artesanos y es posible que los artesanos fueran los propios metalúrgicos. Por tanto, la metalurgia era una actividad que ocupaba a cierto número de personas poseedoras de diferentes habilidades: mineros, artífices del cobre y artesanos.

Estos depósitos de minerales se explotaban por medio de zanjas. Sin embargo, en modo alguno había menas de cobre cerca de todos los yacimientos calcolíticos, la mayoría de los cuales se encuentran a más de 16 km de los recursos de minerales

metalíferos. Los buscadores de metales de Los Millares tendrían que explorar la Sierra de Gádor (más de 12 km al sureste). Aunque estos hallazgos no son suficientes para delinear la categoría social y económica de los metalúrgicos, de algún modo revelan la existencia de un grupo de especialistas dedicados a la tecnología recién nacida. Se han encontrado hachas, junto con puñales especiales (de un tipo con espiga) en las tumbas, formando parte del ajuar funerario. Pero cuando se empezaron a introducir armas de metal en las tumbas es probable que la metalurgia ya se hubiera convertido en una actividad mucho más corriente. El futuro traería la Edad del Bronce y un ciclo muy diferente de acontecimientos culturales y sociales.

Artículos de Metal de Lujo. Al parecer, las comunidades que vivieron en el sureste de la Península Ibérica entre 2500 y 1800 a.C. usaban sus recursos agrícolas y técnicos de forma independiente. Sin embargo, no estaban aisladas. Es posible que (al principio) no se dispusiera de mena o herramientas de cobre en todos los asentamientos. En tal caso, debía de haber demanda de artefactos de metal, lo cual significaría existencia de una red de intercambios locales.

Más que un cambio profundo en los métodos de la agricultura o la guerra (campos en los que la metalurgia influiría realmente más adelante), los artefactos metálicos del Calcolítico (herramientas) revelan un cambio en la mentalidad, en primer lugar, de los que buscaban minerales metalíferos, los que producían los artefactos y los usuarios (constructores y artesanos) de los primeros productos de metal (tales como cinceles, hachas, punzones y leznas). Sobre todo, la metalurgia fue un logro técnico.

Herramientas de artesano, accesorios personales y artículos religiosos son los tres tipos de objetos enterrados en los monumentos sepulcrales. El marfil era demasiado precioso para malgastarlo, por tanto, su utilización debe de revelar lo que la comunidad apreciaba de forma especial. Sin embargo, la mayoría de estas piezas formaban parte de ajuares funerarios.

El país de origen del marfil que se ha encontrado en la Península Ibérica no puede ser más que el Magreb, donde, según se dice, hubo elefantes hasta los tiempos históricos. Algunos de los otros artículos exóticos de Los Millares, tales como las cuentas hechas con cáscara de huevo (reconocidas en la zona oriental) proceden claramente del norte de África. El origen del marfil llama la atención sobre los conceptos del comercio y las comunicaciones externas en el Calcolítico.

Viviendas y Enterramientos. Las viviendas eran chozas circulares o rectangulares. Se edificaban sobre cimientos de piedra y las paredes se construían con ladrillos de barro o con zarzo y adobe. Sin embargo, las sepulturas revelan un esquema más diferencial. No todos los enterramientos del Calcolítico se hacían en estructuras monumentales tales como los *tholoi* y los túmulos de Los Millares, etc...La construcción megalítica podía ser en menor escala en la parte occidental de la región, donde había muchos ejemplos de sepulcro de corredor. Los enterramientos colectivos del Calcolítico también se efectuaban en cuevas, como en los tiempos neolíticos.

Las necrópolis del Calcolítico en el sureste presentan un panorama generalmente uniforme. Los antepasados se enterraban en edificaciones megalíticas de índole colectiva. En Los Millares las casas de los muertos tenían precedencia espacial y estructural sobre las chozas domésticas en el interior de las murallas del asentamiento. El número de sepulturas que hay en las tumbas varía considerablemente pero en

términos generales, las cámaras contenían entre 8 y 20 sepulturas, mientras que el corredor comprendía entre 2 y 4 enterramientos.

El cementerio de Los Millares respondía a una pauta en la cual los antepasados están físicamente muy cerca de la comunidad viva. En estos lugares las personas fallecidas permanecían presentes en la sociedad existente, y, de algún modo, reforzaban su influencia. Por otra parte, la variación del tamaño, el contenido y el número de difuntos en cada enterramiento “de la comunidad” señala que el uso de éste era sectario, tribal o familiar. Si tal era el caso, los monumentos megalíticos podrían ser la consecuencia directa de un concepto de la vida que estaba muy enraizado en el individualismo. En el ejemplo paradigmático de Los Millares, la sociedad que cabe imaginar es una sociedad unida por lazos de identidad local, pero dividida por grupos de linaje.

La única división social que se observa podría basarse en motivos de familia o linaje. No hay siquiera una clase “guerrera”. Hay razones, con todo, para considerar que la sociedad se estaba diversificando de manera paulatina. Parece ser que esta sociedad era aún lo bastante igualitaria como mantener (al menos durante un milenio 2700-1800 a.C.) un modo de vida arraigado.

LOS ASENTAMIENTOS CALCOLÍTICOS DEL OESTE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Se parecen notablemente a las comunidades calcolíticas del sureste. Ambos grupos del Calcolítico vivían en asentamientos fortificados, construían *tholoi* abovedados para las tumbas comunitarias de sus antepasados, idearon la técnica de la metalurgia del cobre y, al parecer, aprovecharon plenamente los recursos agrícolas de que disponían. Tres regiones portuguesas (Extremadura, el Alentejo y el Algarve) comparten las características y los problemas del período, aunque sin duda los grupos del estuario del río Tajo deben diferenciarse de los que vivían en las regiones meridionales. El período calcolítico en el oeste de la Península Ibérica indica una intensa ocupación. Hay un mínimo de 20 yacimientos del tipo Zambujal en el centro de Portugal.

Recursos. Las comunidades que vivían en los asentamientos calcolíticos del oeste de la Península Ibérica no padecían de escasez de agua. Los asentamientos de las regiones de Extremadura (en la península de Lisboa) y Ribatejo (en la península de Setúbal) gozaban de la proximidad de importantes valles fluviales (el Tajo o el Sado), con los beneficios de una ruta abierta tanto al océano como al interior. Más al sur, en el Alentejo y el Algarve, o en la región de Huelva, los asentamientos calcolíticos tenían buenas comunicaciones fluviales y marítimas y también estaban cerca de fuentes de menas de cobre. Desde el punto de vista de la ubicación, las comunidades del Calcolítico en las tierras occidentales eligieron un entorno completamente distinto del que escogieron las de la costa de Almería, aunque las realizaciones en la agricultura y la metalurgia alcanzaron niveles parecidos.

Metalurgia. A menos que todos los artefactos de metal fuesen importados, ciertos miembros de la sociedad tenían que ser metalúrgicos que comprendieran la

tecnología de la fundición y el moldeado de cobre, y esto podía tener consecuencias importantes para la sociedad. Los metalúrgicos generarían riqueza, toda vez que había demanda de objetos de cobre. La abundancia de recursos estimularía el crecimiento demográfico y una necesaria división del trabajo. Las menas de cobre eran desconocidas en las proximidades de los asentamientos del centro de Portugal. La búsqueda de minerales metalíferos debía de hacerse a cierta distancia (50-100 km al norte o al sur del estuario del Tago) de los principales asentamientos del período.

Fortificaciones y Guerra. Mientras que apenas se encuentran indicios de batallas en Los Millares, en los asentamientos calcolíticos del oeste de la Península Ibérica puede que estallara la guerra a causa de alguna situación de urgencia o crisis. Se dice que en el propio Vila Nova de São Pedro se encontraron 6000 puntas de flecha. Los sistemas defensivos que se descubrieron en Zambujal y, más recientemente, en Monte da Tumba y Santa Justa pocas dudas dejan acerca del interés de la población de disponer de protección apropiada. Típicamente, presentan una ciudadela superior con una segunda, o tercera, línea de fortificación con bastiones semicirculares, que pueden ser macizos o huecos.

Aunque las múltiples murallas, puertas y torres de Zambujal y otros asentamientos calcolíticos del oeste de la Península Ibérica inducen mucho a pensar que son respuestas locales a fuerzas hostiles, no todos los datos confirman la tesis de que habían un estado permanente de guerra abierta.

EL GRUPO CAMPANIFORME

Durante un período de entre 600 y 800 años, aproximadamente entre 2500-2300 y 1700-1500 a.C. la prehistoria europea tiene un tema unificador que son los vasos campaniformes. De pronto comunidades del Calcolítico en Checoslovaquia, Bohemia y Moravia, Bretaña, Países Bajos, las islas Británicas, Provenza, los Pirineos y toda la Península Ibérica empezaron a usar vasos con forma de campana invertida. Los vasos tenían diversos tipos de decoración: las decoraciones de cuerdas, a peine e incisas se reconocen principalmente como elementos que señalan la distinción entre diferentes tipos de vaso, aunque hay otras técnicas decorativas (tales como el punteado y la excisa que a veces coinciden con las tendencias principales).

En España el dominio perdurable de los vasos campaniformes incisos fue el territorio de la Meseta central. La cerámica campaniforme se encuentra principalmente en las tumbas, pero en muchas clases diferentes de yacimiento funerario (megalitos, cuevas, sepulturas excavadas en la roca, hoyos, etc.).

Las tumbas con vasos campaniformes contienen objetos que siguen una pauta reconocible: cuchillos o puñales (con espiga) de cobre, muñequeras (de piedra, más raramente de metal), puntas de flecha barbadas, con espiga o de base hueca, botones (de marfil o de hueso con perforaciones en forma de V, redondos, piramidales o cuadrados), hojas de oro, pendientes de oro, y otros adornos personales. No obstante, es posible aplicar ciertos rasgos al "grupo campaniforme" en términos generales: utilizaban arcos y flechas, disponían de la tecnología necesaria para producir leznas y puñales de metal, y producían prendas de vestir y ornamentos de gran calidad.

Los Marcos de la Cultura del Vaso Campaniforme. En Cataluña las cuevas son la forma más habitual de asentamiento y enterramiento. Sin embargo, en la Meseta las comunidades campaniformes adoptaron una costumbre peculiar: la de enterrar a los muertos en sepulturas sencillas y poco profundas. Asimismo, en Portugal, en aquel período, los *tholoi* se escogían con menos frecuencia que la roca tallada como lugar de enterramiento. Si alguna conclusión puede sacarse de la pauta de asentamientos y enterramientos del período campaniforme en la Península Ibérica, sería la notable integración del grupo campaniforme en los anteriores hábitats calcolíticos.

Artefactos de Metal y de Lujo. El número de yacimientos campaniformes aumenta a medida que pasa el tiempo. Esto se nota en las regiones septentrionales, especialmente en la Meseta y en el Valle del Ebro. Y, por supuesto, puede interpretarse como señal de un aumento de la población. Los metalúrgicos del período nunca llegaron a adquirir la capacidad de trabajar el bronce de estaño, pero mostraron un notable incremento de sus actividades.

Al menos, sabemos que el problema de la cultura campaniforme no tiene que ver con el origen ni la migración. Podemos estar seguros de que el grupo campaniforme no era radicalmente distinto de las comunidades locales. Sabemos que tomó las tumbas megalíticas como propias y que contribuyó en gran medida al progreso de la metalurgia. Falta por explicar por qué adoptó objetos funerarios parecidos en tantos marcos geográficos y “culturales” diversos.

EL BRONCE

LOS POBLADOS Y LAS TUMBAS DE EL ARGAR

Hay una serie de asentamientos en el sureste que compartían rasgos parecidos a los de El Argar. Generalmente estaban situados en buenas posiciones defensivas, cerca de algún río, y ni demasiado lejos de las menas de metal de las sierras del oeste, ni del mar, que quedaba en el este. En el Argar y yacimientos parecidos las costumbres funerarias eran totalmente distintas de las del período calcolítico. En estas comunidades los muertos se depositaban en agujeros excavados en la roca natural, en cistas o en urnas dentro de los asentamientos. Estos enterramientos se hacían individualmente o por parejas debajo de las casas o detrás de las paredes y se sellaban con losas de piedra. Los objetos funerarios de las tumbas de El Argar revelaron una producción intensa de artículos de metal y un ritual funerario arraigado. Las tumbas contenían armas de metal, artefactos y ornamentos personales.

Algunas de las cistas de El Argar contenían objetos del período campaniforme (muñequeras de piedra y botones con perforaciones en V). Así pues, el trasfondo del principio de la Edad de Bronce “argárica” era el grupo campaniforme. En cierto modo, El Argar era la fase segunda, avanzada, de una edad prehistórica metalúrgica, que tenía un sólida tradición en la zona. Se ha demostrado, basándose en el conjunto de objetos funerarios y en los datos estratigráficos, que los enterramientos en hoyos sucedieron (aunque no los sustituyeron por completo) a los que se hacían en cistas y en agujeros excavados en la roca (covachas artificiales).

Después del fracaso de la “teoría colonial”, ya no fue posible hablar de una intervención directa del Oriente en el sureste durante la Edad del Bronce. A pesar de ello, todavía no comprendemos por qué motivo las comunidades de El Argar adoptaron urnas grandes (vasos cerámicos) para meter en ellas el cuerpo en posición fetal de los difuntos. Según la cronología tradicional, el período de El Argar duró de 1700 a 1400 a.C. Típicamente, las alabardas, los puñales triangulares (con un número impar de roblones), los adornos de oro, los vasos bicónicos y las jarras con carena mediana-alta pertenecen a la primera fase de El Argar, mientras que las espadas, los puñales estrechos (con un número par de roblones), las hachas, las diademas de plata y los vasos de cerámica son característicos de un período avanzado.

Los Yacimientos Orientales y Occidentales de El Argar. El Argar está situado en una baja altiplanicie de la orilla del río Antas y es el núcleo de todos los asentamientos argáricos. Su posición, en un valle, sería propicia para los pastizales y la producción de cosechas. No lejos de El Argar, al norte, se encontraba mena de cobre en la superficie de la Sierra de Almagro. El Período de El Argar también tuvo una vertiente occidental, en las tierras altas y en el valle de Granada. Las diferencias en el entorno, en las tradiciones de la construcción, en la fabricación de cerámica, en el abastecimiento de alimentos, en las costumbres funerarias, etc., permiten ver claramente los caracteres distintos de El Argar occidental y oriental. Por ejemplo, los

enterramientos en jarras (*pithoi*) son menos frecuentes en la región de Granada que en Almería o en Murcia.

Fortificaciones y Viviendas. Las comunidades argáricas no siempre construían murallas fortificadas alrededor de sus poblados. De hecho, algunas de ellas (tales como el Rincón de Almendricos y algunas de la región murciana) eran asentamientos abiertos situados en campos de los valles. Sin embargo, generalmente los asentamientos estaban situados en cumbres escarpadas y fáciles de defender, debido a lo cual las defensas artificiales eran innecesarias.

Metalurgia y Sociedad en El Argar. Los inmensos esfuerzos metalúrgicos que hicieron estas comunidades por producir los artefactos, las armas y los ornamentos que ponían en sus tumbas son indicio de una sociedad compleja. Hacían falta artesanos con experiencia y entrega a su trabajo para crear estos productos acabados, pero también debía de intervenir en el proceso toda una red de buscadores, mineros, transportistas de minerales, fundidores, vaciadores, comerciantes en metales y distribuidores. Incluso se ha sugerido que poblados con recursos naturales diferentes cooperarían en empresas comerciales cambiando metal por grano.

Es evidente que desde los comienzos del período de El Argar los buenos metalúrgicos representaron un grupo aparte dentro de la sociedad. También es manifiesto que (en lo que se refiere a sus bienes y sus accesorios personales) había diferencias importantes entre los individuos enterrados en El Argar, especialmente en la fase posterior del período. Con todo, para entonces la población había crecido hasta ser el triple de lo que era en la primera fase, y la estructura social que reflejan los enterramientos era desigual y posiblemente estratificada. Lo corrobora el gran número de objetos funerarios de metal encontrados en diferentes asentamientos. Incluso el análisis de la cerámica funeraria, comparada con la cerámica doméstica hallada en las sepulturas contribuiría a subrayar las diferencias sociales en la necrópolis de El Argar. Los restos de crisoles, moldes, escoria de fundición y menas no se han hallado sólo en los asentamientos próximos a fuentes de minerales, sino también en lugares no tan concentrados en la metalurgia. Sin embargo, los datos arqueológicos también indican que la producción de cereales no había disminuido en los asentamientos de El Argar. Al contrario, se llevaban a cabo con gran intensidad.

Gran parte de los artefactos de metal que se han encontrado en los asentamientos argáricos son de tipo más bien utilitario. Fragmentos de piedra para sierras y hoces (para recolección), piedras de molino, restos de harina en bancos (preparación de masa) y pozos grandes (de almacenaje de cereales) son hallazgos arqueológicos muy comunes. Como cabía esperar, los asentamientos situados en un valle, a cierta distancia de las fuentes de minerales metalíferos, son los que muestran mayores logros de agricultura.

Ninguno de los asentamientos de El Argar dependía exclusivamente de la metalurgia para vivir. Al parecer, el territorio estaba estructurado en dos niveles jerárquicos, lo cual, en teoría, significaba que los asentamientos pequeños se hallaban subordinados a los mayores. Aunque conocían la producción de metal, ninguno de los poblados de El Argar era autosuficiente en lo que se refiere a la metalúrgica. Por tanto, se cree posible que varias comunidades hicieran sus respectivas aportaciones: buscadores, mineros, especialistas en convertir menas en metal, y así sucesivamente.

Es muy posible que los poblados más importantes y mayores de El Argar impusieran su poder o su influencia a las restantes comunidades de la región. Es posible que este papel lo desempeñara alguno de los siguientes: El Argar mismo (donde 1034 enterramientos), La Bastida (con 117), y la Cuesta del Negro (con 36). Estos tres asentamientos estaban bien abastecidos de grano y carne, y, por tanto, pueden que estuviesen protegidos económicamente por un sistema de cambio de alimentos por metal.

LOS ASENTAMIENTOS DEL LEVANTE

Las tres provincias modernas del territorio valenciano son los componentes geográficos de una unidad conceptual conocida por el nombre de “Bronce Valenciano”. Los asentamientos ocupan posiciones elevadas, montañosas y fáciles de defender, y el acceso descubierto a ellos está protegido por murallas defensivas. Al parecer, sólo se construyeron unas cuantas casas en cada asentamiento, aunque el número de asentamientos que forman parte del Bronce Valenciano es notablemente alto. Durante la Edad del Bronce, en las comunidades de la región levantina de la Península Ibérica había metalúrgicos, o al menos en ellas se utilizaban objetos de cobre y bronce: armas (puntas de flecha y alabardas, de vez en cuando) y herramientas (hachas, punzones, cinceles, sierras, etc). Sin embargo, la subsistencia se basaba en el cultivo de cereales.

El Argar Comparado con el Bronce Valenciano. En Levante las sepulturas se situaban fuera del poblado, en grietas naturales de las rocas o en cavidades subterráneas. Cada tumba contenía sólo uno o dos cadáveres. El factor que distingue más claramente entre las dos comunidades es la colocación de los difuntos y si se entierran dentro o fuera de la vivienda. En cuanto al ritual funerario como factor clave de la distinción entre las dos zonas, es obvio que en los asentamientos de la Edad del Bronce en la provincia de Alicante se repiten los casos de enterramiento dentro del recinto del poblado. Por tanto, las tierras meridionales del territorio valenciano podrían considerarse “argáricas”. Los recursos naturales de minerales son muy limitados en el territorio valenciano. No obstante, es sólo en la región meridional del territorio valenciano donde pueden distinguirse posibles “centros metalúrgicos”.

Los Asentamientos. La mayoría de los asentamientos de la Edad del Bronce valenciana que se han encontrado ocupaban una posición preeminente en la cumbre de una colina rocosa. Muy a menudo el acceso a la colina es difícil y a veces la pared de roca virtualmente forma parte de las fortificaciones. Además, las comunidades de estos asentamientos llevaban a cabo importantes obras defensivas donde y cuando fuera necesario. Las murallas tienen a veces torres y zanjas que prácticamente transforman los asentamientos en fortalezas.

Viejas y Nuevas Inquietudes. Los estratos eneolíticos ya han revelado las profundas raíces prehistóricas de los asentamientos de la Edad del Bronce. La primera ocupación antigua se remonta al tercer milenio (2700-1700 a.C.). Cuando el radiocarbono proporcionó los primeros datos la cronología del Bronce Valenciano se fijó

de modo uniforme entre 1600 y 500 a.C. Sin embargo, no hay ninguna comprensión clara de los cambios que tal vez ocurrirían durante un período que, al parecer, comenzó en una fecha muy temprana (1800 a.C.) y no acabó hasta el final mismo de la Edad del Bronce en la región (700-650 a.C.)

LAS TORRES DE LA MANCHA

En las tierras bajas del territorio oriental de La Mancha se alzan del paisaje llano singulares montículos arqueológicos. Estos altozanos dominantes tiene forma cónica, están separados solo por distancias cortas y son elevaciones artificiales llamadas “motillas”.

Las motillas se encuentran en las tierras pantanosas que se extienden alrededor de las fuentes del río Guadiana y sus afluentes superiores. La mayoría de las motillas que han llegado hasta nuestros días se encuentran agrupadas en la zona oriental de la provincia de Ciudad Real. Con todo, se han reconocido lugares parecidos en la zona occidental de la provincia de Albacete, aquí se llaman “morras”. Las motillas y las morras son de altura y tamaño variables, pero la distancia que separa unos de otras es siempre de 10-15 Km. La más pequeña puede tener 4-5 metros de altura y 40-50 metros de diámetro, mientras que algunas de las más grandes podrían tener una altura de 9-11 metros y un diámetro de 70-100 metros.

Las inspecciones preliminares de las estructuras y los hallazgos de las primeras motillas sobresalientes que se examinaron confirmaron su datación correcta entre principios y mediados de la Edad del Bronce (1600-1300). A primera vista los indicios nos dicen que las motillas cumplían una función defensiva. Al parecer, el peligro de guerra iba aumentando progresivamente. La estructura de las motillas produce la impresión de que éstas absorbían los recursos de construcción de los grupos, generación tras generación. Por supuesto, no hay ninguna explicación clara o única del aparente imperativo militar en las motillas. Los enemigos en potencia podían ser grupos “desconocidos” de territorios lejanos, o es posible que hubiera continuos enfrentamientos entre los habitantes de los asentamientos situados en las montañas cercanas y los de la motillas. Es indudable que las motillas eran lugares muy fortificados. Sus comunidades se refugiaban en las torres, pero también tenían casas situadas fuera de las fortificaciones.

PENÍNSULA IBÉRICA PREHISTÓRICA

“GENTE” ENTERRADA EN URNAS

La introducción de la costumbre de incinerar los cadáveres en la Edad del Bronce se ha considerado de importancia trascendental. Las urnas sustituyeron los enterramientos colectivos del período eneolítico y las inhumaciones individuales del grupo campaniforme. Este cambio de las costumbres funerarias está relacionado con las regiones del norte de la Península Ibérica y revela un aspecto continental que no está presente entre los metalúrgicos de las comunidades del sur. En el noreste de la Península los campos de urnas reflejaban un cambio de costumbres funerarias posneolíticas poco antes de comenzar el primer milenio. Muestran correlaciones positivas y auténticas entre los habitantes de las regiones situadas al norte y al sur de los Pirineos orientales.

Problemas Pendientes de Resolución. En términos cronológicos, el ritual de la incineración se usó durante casi cuatro siglos (1100-1000 a 700-600 a.C), lo cual hace que toda visión global del período sea muy imprecisa. Durante el Bronce Final extensos campos de urnas indican la existencia de comunidades paralelas a otros grupos sincrónicos que vivían al otro lado de los Pirineos, en el sureste de Francia. Los rastros más antiguos de productos cerámicos extranjeros se han encontrado en cuevas que, en muchas ocasiones, habían sido ocupadas por anteriores habitantes nativos. Uno de los complejos arqueológicos más renombrados de Cataluña, que ilustra el hecho de que las comunidades vivieron en cuevas durante mucho tiempo y conservaron estas costumbres antes y después de la introducción de las “urnas”, es el grupo de cuevas de Arbolí, en Tarragona.

Datos Arqueológicos. En una etapa temprana (1100-1000 a.C.) la “gente” de las urnas ocupaba asentamientos abiertos además de cuevas: se han encontrado pequeños poblados de chozas con instalaciones domésticas de carácter básico en las llanuras del noreste de Cataluña. Desde una etapa temprana las regiones por las que la gente de las urnas mostró especial interés fueron los valles del Segre, el Jalón y el Bajo Ebro. En esta zona la agricultura se beneficia de la abundancia de agua y del clima benigno, y también los pastos son abundantes. La variación del modo de vivir en comparación con el este de Cataluña es, pues comprensible. En los siglos IX y VIII a.C. los asentamientos ya se situaban en posiciones elevadas desde las que se vieran las llanuras y se dominara el paisaje. Los más reveladores de estos asentamientos están concentrados alrededor de Caspe, en la Loma de los Brunos, Zaforas, el Cabezo de Monlón, etc. En estos asentamientos hay más señales de permanencia: sus casas alargadas (del tipo indoeuropeo”) tienen cimientos de obra de albañilería sobre lugares previamente allanados y hay en ellas hogares, bancos para sentarse, unidades de almacenaje y otras instalaciones domésticas. Dichos pueblos proliferan y adoptan considerables requisitos defensivos a medida que se acerca el siglo VII a.C., pero para

entonces otra serie de circunstancias documentadas (el llamado “iberismo”) explican los cambios habidos poco después de empezar el siglo V a.C.

Corriendo parejas con la diversidad de los asentamientos del noreste en la Edad del Bronce, también hay poca uniformidad en los cementerios de incineración de la “gente de las urnas”. A lo largo del litoral oriental de Cataluña, las urnas se enterraban en campos, sin estructuras visibles. Tierra adentro, en el oeste de Cataluña y el este de Aragón las urnas se guardaban en cistas y las tumbas tenían forma de túmulos construidos utilizando círculos concéntricos de losas. Los cementerios de urnas no siempre son señal de habitación, ni siquiera en el caso de los pueblos asentados en el valle del Ebro.

Los asentamientos y las necrópolis de urnas no alcanzaron su apogeo hasta un fase bastante tardía (800-700 a.C.), y para entonces muchos rasgos distintivos, entre ellos las técnicas de la cerámica, ya habían pasado a formar parte de la tradición local. En algunos de los notables cementerios de urnas de este período hay un aumento del número de sepulturas. Los artefactos de metal pasan a ser bastante comunes en los enterramientos. Entre ellos de vez en cuando se colocaban puntas de lanza en las tumbas. Pero los objetos que distinguen algunos enterramientos en urnas de otros son de índole personal, tales como navajas y tenacillas, o artículos para el vestir como, por ejemplo, broches y pasadores. Los artefactos de metal y la cerámica pueden guardar correlación arqueológica con objetos parecidos que se encontraron más allá de los Pirineos entre los cementerios de urnas itálicos, continentales y atlánticos.

LA CERÁMICA DE COGOTAS

Un fortín situado en una colina de la parte occidental de la Meseta (Las Cogotas, en la provincia de Ávila) reviste una importancia especial en la Edad del Bronce Española. Ha dado su nombre a un tipo distintivo de cerámica decorada y a un intrincado sistema “cultural” que tiene raíces profundas en la tradición del lugar. Se da la coincidencia de que Las Cogotas es también un destacado e importante fortín de la Edad del Hierro y por esta razón en la terminología arqueológica Cogotas se divide en Cogotas I y Cogotas II. Un mapa de distribución indicaría que el centro principal de producción estaba junto al río Duero y sus afluentes.

Sabemos que el trabajo de los alfareros de Cogotas I tenía sus fundamentos en tradiciones tanto regionales como ancestrales. La cerámica de Cogotas I puede reconocerse por varias combinaciones de técnicas decorativas: incisión, impresión, escisión, y una serie de señales interrumpidas y minúsculas que se graban en un línea incisa continua. Esta última técnica es claramente la más innovadora de todas y, como es obvio, el factor diferenciador.

Vida y Muerte en Cogotas. Los únicos artefactos utilitarios de metal que empleaban estos grupos y que están documentados eran hachas excepcionalmente sencillas o pequeñas arcaicas alabardas de bronce. Los objetos personales de bronce son raros y están muy dispersos. Con indicios de estructuras domésticas o sin ellos, se considera que el rústico modo de vida de la gente de Cogotas predominó en todos los asentamientos asociados con ella. Cuando se han efectuado excavaciones

arqueológicas en yacimientos con cerámica tipo Cogotas los restos que con más frecuencia se han encontrado han sido residuos en los llamados “hoyos”, “fondos de cabaña”, o “silos”. La forma de enterramiento era la inhumación individual, como en los períodos campaniforme y comienzos de la Edad del Bronce. Pero las variaciones en el ritual y, en particular, la virtual falta de objetos personales y funerarios reflejan la diferencia de época y contexto. Sin embargo, la gente de Cogotas también colocaba los cadáveres en cuevas y debajo de megalitos, posiblemente como gesto de respeto y para reflejar sus costumbres y tradiciones ancestrales.

EL TRÁFICO MARÍTIMO DE ESPADAS

Durante el Bronce Final, la Europa occidental se embarcó en una formidable empresa de producción y comercialización de armas de metal: lanzas, cascos, puñales y espadas. Puede que el perceptible aumento de depósitos y otros hallazgos refleje una época de guerra o de temor a próximas hostilidades. Sin embargo, fuera cual fuese el propósito definitivo de este arsenal de bronce, tuvo numerosas consecuencias técnicas y económicas que transformarían la faz de la Europa atlántica. Y la Península Ibérica se encuentra en el centro de los estudios de la llamada “Edad de Bronce Atlántica”.

Espadas de Hoja de Bronce. Un tipo de arma tecnológicamente avanzado (la espada de hoja pistiliforme con guarda de tipo U o V y lengüeta calada) se producía en gran escala en las regiones de la Europa occidental durante el Bronce Final sin embargo, sus orígenes estaban en la Europa central y tuvo grandes repercusiones en lo que se refiere a las comunidades de la gente de las urnas. La mayoría de las espadas atlánticas se han encontrado en depósitos o se han recuperado del lecho de los principales ríos del oeste de Francia (el Sena, el Loira y el Garona) y el valle del Támesis. En España los hallazgos de esta clase de espada no son tan abundantes como en Loira-Atlántico, Charente o Sussex. Y tampoco, por regla general, se han encontrado en depósitos. Sin embargo, se concentran cerca de ríos (el Órbigo, el Esla, el Sil y el Ulla) del norte de León y Galicia. Otros ejemplos se produjeron en el dominio de la gente de las urnas en el noreste o fueron transportados allí. Por tanto, el mapa de distribución confirmaría la sospecha de que la región que suministraba estaño, el metal clave del período, era la que estaba mejor situada para adquirir estas armas modernas.

Al igual que cualquier otro artefacto de bronce, las espadas de hoja no tenían sólo una función práctica, sino también un posible valor remunerativo. En consecuencia, había un tráfico estable de espadas de hoja, vía océano Atlántico, que posiblemente era muy provechoso para los que se encargaban del transporte. Se piensa que la mayoría de las espadas que se han encontrado eran productos locales, que siguen los tipos bretones. No obstante, hay ejemplos que se consideran importados del oeste de Francia. Un interrogante que tiene importancia y todavía no ha encontrado respuesta es por qué los propietarios de estas espadas valiosas las abandonaron a orillas de algún río.

Cabría imaginar que el objetivo primario de los que producían las espadas de hoja de bronce sería comerciar con estos preciosos objetos entre las comunidades que

no estaban especialmente dotadas de habilidades metalúrgicas pero tenían importantísimos recursos de minerales metalíferos u otros bienes esenciales.

La Espada de Lengua de Carpa. Las circunstancias sociales y económicas de las comunidades del Bronce Final en la Península Ibérica cambiaron a lo largo del tiempo, y lo mismo puede decirse de la forma y, posiblemente, el propósito de las espadas. Había tanta demanda de espadas que se producían en gran número y en varios tipos locales. Las mayores concentraciones se hallan en los centros marítimos del oeste de Francia y es obvio que los hombres se llevaban estas espadas “atlánticas” en sus largos viajes. Algunos terminaron en estuarios después de un naufragio, como en el caso del depósito hallado en la Ría de Huelva. Otras se descubrieron en lugares tan lejanos como la Toscana, en Italia.

Las aguas costeras del oeste y el sur de la Península eran una ruta importante no sólo de transporte, sino también de comercio. La distribución de espadas de lengua de carpa en el sur de Europa refleja la fuerza de las comunicaciones marítimas estables entre la Península Ibérica y los metalúrgicos del Atlántico occidental. Había menos de cobre y estaño en el norte y el oeste de la Península Ibérica, igual que en tiempos anteriores. Sin embargo, en esta etapa las rutas comerciales del Atlántico podrían haber resultado aún más provechosas que antes. Hay indicios de que las comunidades del sur y el oeste de la Península se involucraban en la guerra y estimaban en mucho el aparato de la guerra. Es probable que tales grupos participaran tan activamente como los comerciantes en la búsqueda de espadas y otras armas de metal.

El tráfico de armas en el Atlántico no terminaba con la Península Ibérica. Seguía un itinerario que culminaba en Cerdeña e Italia. Es claro que las ganancias potenciales para los que comerciaban con armas de metal debían de compensar mucho los riesgos de navegar por el estrecho de Gibraltar. El circuito atlántico estaba firmemente establecido hacia el año 750 a.C. pero puede que otra serie de circunstancias económicas en la Europa occidental acabara precipitando su fin. Las armas pronto se fabricarían de hierro, que era un metal más fácil de obtener. Las espadas atlánticas de lengua de carpa seguiría existiendo durante algún tiempo. Las espadas de la Ría de Huelva y a eran metal de desecho cuando tuvo lugar el naufragio. Al cabo de poco tiempo los comerciantes atlánticos encontrarían competidores en la búsqueda de metales en la Península, y estos competidores serían colonizadores orientales de origen fenicio. Un crucial secuencia de episodios en la prehistoria europea llevó a la virtual desaparición de la llamada “Edad del Bronce Atlántica” antes del siglo VII a.C. Para entonces en el sur de la Península Ibérica ya se estaba produciendo una serie de circunstancias históricas completamente distintas.

LAS ESTELAS DECORADAS DEL SUROESTE

Las repercusiones del comercio marítimo de armas de bronce y artefactos de metal están ilustradas en una serie de losas decoradas que se encontraron en las regiones del suroeste de la Península Ibérica. En estas estelas aparecen hombres que portan armas. Y debido a que tradicionalmente se considera que el suroeste de la

Península Ibérica era el mítico emplazamiento de la tierra de Tartessos, estas estelas y las imágenes que vemos en ellas han sido un tema muy debatido.

Las grandes losas de piedra en las que aparecen grabadas imágenes de armas o toscas figuras humanas no son en modo alguno raras en la prehistoria ibérica. Se reconoce que las estelas son lápidas sepulcrales. Se considera que también las estelas del suroeste, que llevan imágenes de armas y guerreros, fueron erigidas a la memoria de los muertos, aunque creemos que sólo en unos cuantos ejemplos las estelas señalan el lugar donde se inhumó a alguien.

A estas estelas se les dio primero el nombre de la región de Extremadura, aunque las zonas centrales de los hallazgos son el territorio español de los valles de los ríos Bajo Tajo y Bajo Guadiana. Esta zona es también la tierra de las formas más sencillas de estelas decoradas. No obstante, la pauta se extiende a otras zonas occidentales (el Alto Guadiana y el Bajo Guadalquivir), pero no sin considerables diferencias en la iconografía.

Las estelas del suroeste pueden datarse con confianza en el Bronce Final. Uno de los elementos más distintivos y ubicuos de los grabados es un escudo con una muesca en forma de V, tipo de arma defensiva que repetidas veces se ha considerado indicio de los primeros efectos de los colonizadores orientales entre las comunidades (tartesias) del suroeste, y que ha originado un largo debate acerca de su origen. Sin embargo existen equivalentes de bronce en Irlanda y Dinamarca a partir del siglo IX a.C. Cascos con cimera, espadas, lanzas y fíbulas aparecen también con regularidad en las estelas y son reconocibles como componentes típicos de los hallazgos del Bronce Final atlántico, entre los que se encuentran los depósitos de Huelva y Vénat. En vista de todo ello, existe la creencia general de que las estelas del suroeste pertenecen a este período concreto del Bronce Final.

Guerreros, Armas y Visión Simbólica. Tres armas (el escudo, la espada y la lanza) parecen ser los objetos más apreciados entre los que se muestran en las estelas. A veces se añadía un casco complementario al grupo de armas escogido. Además, a veces hay hasta tres objetos personales (fíbula, peine y espejo o navaja) colocados a un lado. Este particular tipo de estela se encuentra sólo en la margen meridional del río Tajo.

Esta representación del escudo junto con otras armas podría indicar que los guerreros eran los individuos a quienes se honraba. Sin embargo, no se hace hincapié solo en la guerra: la caza también era una actividad importante del guerrero. Sin embargo, el significado simbólico de las armas del guerrero es más vívido en una serie de estelas que está dispersa por todo el suroeste y en la cual el guerrero mismo porta armas y ocupa una posición dominante en la imagen. Puede que lleve casco (con cimera o con cuernos) o una espada en el cinto o levantada, pero en cualquiera de los dos casos se le muestra avanzando con aire decidido. Estos tipos de estela transmiten un significado social, además de ritual, religioso: en su representación simbólica en la estela los logros del guerrero en la vida aparecen haber sido plenamente reconocidos.

COLONIZADORES Y NATIVOS EN LA ANTIGUA PENÍNSULA IBÉRICA

LA MÍTICA TIERRA DE TARTESOS

Evaluación de Tartessos en Términos Arqueológicos. En el valle del Bajo Guadalquivir se han identificado más de 300 asentamientos que cronológicamente pueden incluirse en el período tartesio, pero ninguno de ellos reúne condiciones para haber sido el emplazamiento real de Tartessos: hasta ahora la búsqueda de la ciudad ha sido infructuosa. Ahora se piensa que los tartesios originales eran las comunidades que precedieron a los fenicios, y la búsqueda de la auténtica Tartessos se ha centrado en los asentamientos del Bronce Final en la región de Cádiz, la provincia de Huelva y el valle del Bajo Guadalquivir. La división cronológica entre los tartesios y los anteriores grupos de principios de la Edad del Bronce en el suroeste no es clara. Algunos de los rasgos fundamentales de la antigua (prefenicia) sociedad tartésica no serían desplazados apresuradamente: por ejemplo, en algunas partes de la sociedad es probable que los rituales funerarios y las unidades domésticas no experimenten ningún cambio durante cierto tiempo. Además, la región tartésica es un territorio inmenso y es difícil concebir que fuese unificado por una pauta uniforme de civilización. En teoría, se extiende desde el centro del suroeste de España hasta la llamada “periferia”: las regiones de Extremadura y del valle del Alto Guadalquivir. Los guerreros que aparecen en las estelas bien podrían tomarse por tartesios. Hubo de hecho, cambio sin precedentes en la región de Tartessos una vez los colonizadores llegaron a ella: un aumento del número de asentamientos, una notable exhibición de artefactos exóticos en las tumbas, un incremento de la producción de minerales, etc. Estos hallazgos han planteado una serie de problemas sociales y económicos: la aceleración del comercio, las consecuencias técnicas, comerciales y sociológicas de la producción de metal, la aparición de una clase dirigente, y otras nuevas cuestiones “tartésicas”.

El Mito y la Realidad del Bronce Final. Se consideraba que era una región que ofrecía ricos minerales metalíferos, en especial de plata, y se suponía que los tartesios habían creado una fuerte tradición cultural: estas circunstancias se dan en el sur de la Península Ibérica. Los estuarios de los ríos Guadalquivir, Guadiana, Tinto y Odiel cuadran bien con las descripciones que hicieron los geógrafos antiguos de una serie de ríos que pasan por el territorio de Tartessos. Es casi seguro que el renombrado *lacus ligustinus* guarda correlación con las marismas del estuario del río Guadalquivir. Los numerosos yacimientos que recientemente se han descubierto en esta región, y que se han reconocido como “tartésicos”, estarían ubicados cerca de esta mas de agua en la Antigüedad.

En otros pueblos parecidos del Bronce Final, es posible que las técnicas metalúrgicas se estuvieran perfeccionando desde el Calcolítico. Es muy posible que en las laderas de las colinas de la propia Huelva ya en el siglo IX a.C. encontrase sustento una población dotada de técnicas metalúrgicas. Los minerales se transportaban desde la sierra de Aznalcóllar hasta Almonte, y desde Riotinto, Tarsis y las otras minas hasta

los asentamientos metalúrgicos de Huelva. Los fenicios aprovecharían plenamente los recursos locales. Se fundarían nuevos asentamientos como centros de distribución de mineral. Y desaparecerían algunos de los antiguos, mientras otros formarían el núcleo de la expansión urbanística. Los minerales metalíferos servirían a los intereses de los exportadores, lo que, como es natural haría que los tartesios se enriquecieran.

Las comunidades del Bronce Final en la región de Tartessos eran consumadas productoras de cerámica bruñida de gran calidad. Platos y cuencos a menudo muestran la característica decoración de líneas en ambos lados. Esta cerámica unifica a las primeras comunidades tartésicas y da a entender que existían niveles de vida parecidos. Las comunidades vivían en chozas redondas construidas con zarzo y adobe, y, al parecer, dependían del cultivo de cosechas y de la ganadería. En comparación con los logros de los primitivos metalúrgicos del sureste, los restos de los metalúrgicos del bronce en el período prefenicio siguen siendo muy limitados. Por esto, el concepto de una Tartessos rica parece mucho más aplicable al período posfenicio, en el que la sociedad mostraba verdaderas señales de riqueza.

LOS INMIGRANTES FENICIOS

En el más cercano de los asentamientos, enfrente de la bahía (Castillo de Doña Blanca), no se encuentran objetos fenicios hasta la primera mitad del siglo VIII a.C. como fecha más temprana. De momento, pues, la Gades fenicia no tiene ninguna repercusión en la arqueología española antes del siglo VIII a.C.

Las Islas de Gades y Sus Templos. El primer asentamiento fenicio estaba situado en la pequeña (aunque era la más importante) isla de Eritia, donde estaban el antiguo *oppidum* (*Arx Gerontis*, el castillo de Gerión) y un templo dedicado a Astarté. La relación con la diosa se mantuvo en el período romano, durante el cual la isla se llamó *Insula Iunonis* o *Aphrodisias*. Hoy día la parte más antigua de la ciudad fenicia coincide con la zona elevada de Torre Tavira, de donde procede un antiguo y célebre hallazgo (la figurilla de un supuesto “sacerdote”) y con la contigua zona del castillo de Santa Catalina. El templo de Astarté ocuparía una posición dominante en el acantilado occidental de la isla (Punta de Nao), gran parte del cual está ahora erosionado.

Se han descubierto figurillas de bronce de dioses fenicios cerca del cabo de Sancti Petri, en un yacimiento que indica claramente la ubicación real del templo de Heracles. Se han recuperado ofrendas de terracota (un incensario, lámparas y otros objetos) del fondo del océano cerca de los acantilados de Punta del Nao, donde se piensa que se alzaba el templo de Astarté. Posiblemente se trata de exvotos dedicados a una diosa por la cual sentían especial devoción los marineros. Finalmente, se cree que un conocido fragmento arquitectónico (un capitel de piedra caliza) descubierto cerca del castillo de San Sebastián, en el cabo situado enfrente de Sancti Petri, estaba en lo alto de una columna o pilar situado junto al tercer templo principal de la antigua Gades: el santuario de Baal-Cronos. Según las fuentes escritas, este templo ocupaba el cabo occidental de la isla de Koinoussa y miraría hacia el templo de Astarté, al otro lado del canal.

Los Colonizadores Fenicios del Litoral Oriental. Una serie de asentamientos situados en cabos, bahías, penínsulas o islas (la mayoría de ellos con sus necrópolis al otro lado del valle) son indicio de intensa ocupación fenicia desde el río Guadarranque hasta el río Almanzora. Con todo, los primeros asentamientos se fundaron en la costa de Málaga y Granada (desde el río Guadalhorce hasta el río Verde de Almuñecar). Duraron sólo un período limitado (desde principios del siglo VIII hasta los del siglo VI a.C.). De vez en cuando, sin embargo el abandono de un asentamiento iba seguido de la fundación de otro en algún lugar cercano. En ciudades renombradas tales como Malaca, Abdera, Baria y en la isla de Ibiza, parece que la población se asentó hacia las postrimerías de la influencia fenicia (a finales del siglo VII a.C. o muy al principio del VI a.C.) y fue suplantada por los pueblos púnicos. Había importantes y conocidas ciudades antiguas en la región (tales como Mainake, Malaca, Sexi, Abdera y Baria), pero los yacimientos que hoy constituyen el núcleo de los estudios fenicios de la Península fueron descubrimientos arqueológicos inesperados.

El primer avance sensacional en relación con las colonias fenicias en España se materializó con la apertura de la necrópolis que lleva por nombre “Laurita” en cuyas tumbas se encontraron ricos objetos funerarios de origen oriental. Se descubrieron veinte tumbas de pozo en el Cerro de San Cristóbal en Almuñecar, ciudad bien documentada cuyos habitantes eran púnicos (Sexi). El asentamiento primitivo se ha localizado junto al estuario del río Seco, enfrente de los cementerios, y revela la larga y persistente ocupación fenicio-púnica de la colonia.

Las tumbas de “Laurita” contienen urnas de alabastro de procedencia egipcia, joyas y una serie de jarros y platos recubiertos con barniz rojo, entre otros objetos menos significativos. Las sepulturas no nos dejan ninguna duda sobre el carácter de los nuevos colonizadores, y tampoco sobre su riqueza. Pero la cuestión de su procedencia sigue pendiente de resolver, ya que este tipo de tumba es más común en Cartago que en Fenicia Oriental. En todo caso, los hallazgos de “Laurita” marcaron la pauta para los futuros estudios fenicios en la Península Ibérica.

El segundo punto de partida para dichos estudios surgió por casualidad. Durante la búsqueda del lugar donde estuvo Mainake (asentamiento documentado como colonia griega) se descubrió un importante asentamiento fenicio: Toscanos (Vélez-Málaga), en la margen occidental del río Vélez. Al parecer, Toscanos ha facilitado indicios de un recinto fortificado preliminar. Había allí casas de sólida construcción durante las primeras etapas de la ocupación (la segunda mitad del siglo VIII a.C.), pero el edificio principal del asentamiento era un espacioso almacén en dos niveles, que se construyó en el momento culminante de la ocupación (durante el siglo VII a.C.). En el yacimiento se han encontrado restos de una industria local del cobre y el hierro, así como vestigios de la cría de moluscos (múrce) para extraerles la púrpura por la cual eran famosos los fenicios.

La población fenicia de Toscanos tenía su necrópolis en Cerro del Mar, en la otra margen (la oriental) del río. Esta pauta de ocupación se repite en el cercano valle (7 Km. al este). Aquí el asentamiento, Morro de Mezquitilla, está en la margen occidental del río Algarrobo, mientras que la necrópolis, Trayamar, se halla en la orilla oriental.

Trayamar fue la tercera revelación fenicia importante. En este cementerio se descubrieron cuatro estructuras consistentes en cámaras y corredores construidos utilizando hiladas regulares de piedra picada y vigas de madera. Estas tumbas demostraron las habilidades de los habitantes fenicios en la construcción, pero también

su carácter extranjero. Los objetos funerarios no eran sólo valioso (un medallón de oro, una caja de marfil, etc.) sino que también tenían significados religiosos y simbólicos. Asimismo, también expresaban imágenes funerarias orientales y proporcionaban indicios de rituales funerarios orientales (libaciones, uso de perfumes, incensarios, etc), los cuales, a partir de ahora, quedarían integrados en la cultura autóctona. Para construir las tumbas de Trayamar se requirieron arquitectos competentes, pero sólo se edificó un número reducido de ellas. Por tanto, es posible que los únicos fenicios enterrados allí fueran los que habían gozado de alguna clase de privilegio social.

A menos de un kilómetro de Morro de Mezquitilla hay otro asentamiento fenicio: el de Chorreras. El yacimiento arroja cierta luz sobre la datación de las colonias fenicias. Se fundó con varios grupos de edificios domésticos y también espacios abiertos de carácter comunitario. En ambos lugares las viviendas sólo se usaron plenamente durante breve tiempo (en la primera mitad del siglo VII a.C.). Los habitantes de Chorreras pronto abandonaron sus casas, sin señales de violencia. Semejantes indicios dan validez a la teoría de que la duración de los primeros asentamientos fenicios fue corta.

Una importante y reciente aportación a los estudios fenicios en España tuvo lugar al descubrirse la ubicación del asentamiento del Cerro del Villar y su medio de subsistencia. El asentamiento estaba situado en una isla, en el estuario del río Guadalhorce. Al llegar el período romano, los depósitos aluviales del río ya habían obstruido la desembocadura y, por consiguiente, la población fenicia de la isla hubo de sufrir inundaciones esporádicas. Consecuentemente, tenían que reconstruir sus casas y almacenes de vez en cuando, pero, a pesar de ello, la comunidad existió entre finales del siglo VIII a.C. y 570-560 a.C, momento en que probablemente se mudó a Malaca. Los fenicios que vivían en este asentamiento aprovecharon los recursos agrícolas, ganaderos, forestales y pesqueros de la región y tenían sus propias industrias cerámica y textil. También participaban en el comercio mediterráneo de cerámica arcaica etrusca y griega oriental. Así pues, el Cerro del Villar ha resultado un núcleo de extranjeros pequeño pero independiente, situado en la entrada del territorio del valle del Alto Guadalquivir, pero también la entrada en el mar.

Este episodio sobre los asentamientos fenicios orientales en España todavía tardará un poco en concluir: las sorpresas y los avances parecen no tener fin. La búsqueda de asentamientos fenicios en colonias tradicionalmente púnicas ha dado fruto en los caso de Malaca, Abdera y (de manera más crítica) en la isla de Ibiza. Al otro lado del mar, parece ser que fenicios procedentes de la península se asentaron en Sa Caleta (San José) y en el suroeste de la isla de Ibiza. Algunos también fueron incinerados y enterrados en un sector de la necrópolis de Puig des Molins, a comienzos del siglo VI a.C. Hace poco se encontró otra necrópolis en la zona de Vélez, entre los grupos de restos fenicios de Torre del Mar. Finalmente, al buscar en la parte occidental de la costa mediterránea se descubrió un nuevo asentamiento fenicio, Montilla, junto al río Guadiaro.

Nueva Visión de los Objetivos de los Colonizadores Fenicios. En primer lugar, con la excepción del hierro, los minerales que se encuentran de modo natural son muy escasos en el *hinterland* cercano a la región de Málaga. En segundo lugar, las comunicaciones con la principal ciudad fenicia, Gades, en modo alguno eran directas, ya fuese por mar o por tierra. El paso del estrecho de este a oeste planteaba graves

problemas durante la mayor parte del año, debido a la persistente corriente atlántica, a la vez que la sierra de Ronda y la sierra de Bermeja harían que el viaje por tierra resultase igualmente arduo. Por tanto, ni el acceso a Gades ni las minas de la región de Huelva estaban al alcance de los fenicios asentados en la costa de Málaga. En tercer lugar, virtualmente no existen indicios de producción de “plata” en estas colonias del sureste.

Es razonable sugerir que los asentamientos fenicios eran autárquicos. Había abundancia de recursos agrícolas y marítimos que proporcionarían el sustento de los primeros colonizadores. Éstos, al parecer, no tenían problemas con la población nativa, ni en la parte oriental ni en la parte occidental del estrecho. En el notable asentamiento del Castillo de Doña Blanca, cerca de la bahía de Cádiz, parece que la población fenicia convivía amigablemente con la gente del lugar y compartía su cementerio. Por tanto, no sería irrazonable sacar la conclusión de que los extranjeros se habían puesto de acuerdo con la población nativa para adquirir y transportar mercancías hasta los puertos de la costa de Málaga, desde los cuales el viaje marítimo con rumbo al Mediterráneo oriental podía hacerse evitando el estrecho de Gibraltar.

Las repercusiones permanentes y duraderas de los colonizadores fenicios rebasaron los límites de sus propias colonias, como consecuencia de sus contactos directos o indirectos con las poblaciones locales. Estos contactos iban más allá de las regiones meridionales de la Península Ibérica: hay constancia de infiltración fenicia en la costa suroriental y en una región tan septentrional como es Cataluña. Además, hace poco se encontró de forma esporádica una población fenicia o parecida a los fenicios en el centro del litoral atlántico, cerca del estuario del río Sado.

EL ASPECTO ORIENTAL DE TARTESSOS

La influencia de los tartesios posfenicios va más allá de los estuarios y la sierra de Huelva y se extiende por las regiones de los valles del Bajo y el Alto Guadalquivir, Extremadura y las regiones lejanas del *hinterland* de las colonias fenicias del este.

Metalurgia. El núcleo de la región de Tartessos, Huelva, nos ha proporcionado información sobre la metalurgia, que era la actividad que más renombre dio a Tartessos. Mientras los fenicios vivían y comerciaban en la costa de Málaga en el siglo VII a.C. (y, es de suponer, mientras Gades se erigía en principal ciudad fenicia del Mediterráneo occidental), los habitantes de un solo pueblo pequeño, situado junto a las minas de plata de Riotinto, en el Cerro Salomón, trabajaban la mena en sus propios domicilios. En el asentamiento del Cerro Salomón se han encontrado indicios de actividad metalúrgica (vestigios de escoria, residuos de fundición, piedras-martillo, moldes de arcilla, etc.), pero no de un alto nivel de vida. Aunque construidas con paredes de piedra, las casas no tenían cimientos y los techos eran frágiles: ni las casas ni la actividad metalúrgica duraron mucho tiempo en Cerro Salomón.

Sin duda alguna, la producción de plata aumentó considerablemente después de que los colonizadores fenicios fundaran sus asentamientos en la Península Ibérica. Sin embargo, el proceso de producción de metal (en particular la extracción y fundición de cobre fue un logro técnico de los metalúrgicos indígenas del Bronce Final. Por un lado,

los indicios de actividad metalúrgica entre los tartesios antes de la llegada de los fenicios son reales, pero no abrumadores. Por otro lado, se piensa que la población autóctona de Tartessos extraía y fundía las menas (plata y cobre). Obviamente, los fenicios comerciarían con estos productos minerales en beneficio propio, pero es dudoso que la población nativa usara las menas para algo que no fuera exportarlas aprovechando las rutas creadas por los colonizadores.

Trueques Entre la Gente del Lugar y los Extranjeros. En las colinas de Huelva (Cabezo de San Pedro y Cabezo La Esperanza), junto a los estuarios de los ríos Tinto y Odiel, de pronto salen a la luz indicios de un período un tanto diferente del Bronce Final. Se han observado indicios de técnicas de construcción fenicias en obras públicas de los aborígenes, en una etapa muy temprana del proceso de “aculturación”. Como en el caso del muro de contención del Cabezo de San Pedro. Esta permutación cultural es especialmente obvia en el valle del Bajo Guadalquivir, donde abundan los nuevos asentamientos conocidos, pero es común en el territorio de todo el sur de la Península junto al estuario del río Guadalete, enfrente de las islas de Gades y a todo lo largo de los fértiles valles de los ríos Guadalquivir, Genil y Guadajoz.

La respuesta urbana al comercio con los fenicios se percibe generalmente en la sustitución de las chozas por casas rectangulares bien proyectadas y de obra de albañilería, y en la mejora de viviendas en el Bronce Final. Poco después de que las primeras importaciones de cerámica fenicia llegaran a manos de la gente del lugar, parece que la población autóctona se había embarcado en la importante tarea de construir defensas. Una de las primeras comunidades que así lo hizo fue Tejada la Vieja, en Huelva, nueva ciudad amurallada posfenicia de 6,5 hectáreas, que probablemente se convirtió en centro de distribución de metal procedente de Riotinto, tanto para los tartesios como para los fenicios.

El cambio radical entre los períodos prefenicio y posfenicio de Tartessos se produce en el contexto de la cerámica. Aparte del uso generalizado del torno de alfarero para producir cuencos de superficie muy bruñida, las vasijas que reflejan el ajuste a una fase diferente (en las secuencias estratigráficas) son los recipientes de gran capacidad con decoración pintada. Esta cerámica (vasijas bicromas con bandas) es el producto de estilo oriental más ubicuo en la región de Tartessos. Se piensa que estas jarras grandes contenían vino, o quizá aceite de oliva. Los colonizadores o comerciantes fenicios trocarían estos productos por el grano o las menas de metal de los aborígenes. La fabricación de los recipientes, cuyos inventores fueron los fenicios, pronto pasaría a formar parte de las técnicas de los alfareros del lugar: entonces se utilizarían para almacenar cereales u otros productos sólidos.

Es probable que se creara una infraestructura de transporte simultánea con esta actividad de comercio y trueque. Este comercio con varios tipos de mercancía causaría un incremento de la producción local y contribuiría a una transformación total de las actividades económicas de ambas partes: proveedores y consumidores.

Cementerios, Objetos Funerarios y Sociedad. Nuestra comprensión de las necrópolis tartésicas se basa en extraordinarios descubrimientos de artefactos y objetos de metal y marfil, así como de joyas. El tamaño monumental de los montículos que contienen múltiples enterramientos ha dado pie a muchos debates. Hay diferencias en los rituales entre los enterramientos descubiertos en cada uno de estos cementerios.

También está claro que los bienes valiosos estaban distribuidos de forma desigual entre los enterramientos, lo cual contribuye a que nos formemos la idea de una sociedad en la que había estratos sociales.

Las Tumbas de La Joya. Hay varios enterramientos excepcionalmente ricos en territorio tartésico que datan de la época de las tumbas de cámara y el más fastuoso de ellos es el que contenía el llamado “tesoro” de La Aliseda, en Extremadura. El emplazamiento de este hallazgo era una indicación clara de que el hábitat de la población tartésica del período posfenicio se había extendido hacia las regiones occidentales de la Península Ibérica, siguiendo una ruta que conduce a los minerales del noroeste. La necrópolis de Medellín (Badajoz) vendría a sancionar esta valoración. En La Aliseda se enterró una dama principal con joyas y otros artefactos de gran calidad. Entre los ornamentos de oro había 194 prendas de vestir, una diadema y pendientes, brazaletes, collares con amuletos colgantes y un cinturón. Todas las joyas eran ejemplos espléndidos de la artesanía tartésica en oro: representaban, con mucho, la más atractiva demostración de los notables resultados que se obtenían al poner técnicas orientales en manos locales. La dama también llevaba ocho anillos con sellos fenicios importados. El ritual de su entierro requirió un jarro de vidrio sirio, que mostraba inscripciones jeroglíficas pseudoegipcias, vasos de plata y un plato, un espejo de bronce y ánforas fenicias. La tumba de La Aliseda se convirtió en el ejemplo perfecto de la influencia que los rituales fenicios y los motivos decorativos del Mediterráneo ejercían en la buena sociedad de Tartessos. Los objetos funerarios de esta tumba confirman que se seguía la liturgia funeraria de usar un plato y un jarro para servir alimentos y bebida (como se vio en los cementerios de La Joya y en Los Alcores).

Las representaciones de las joyas se inspiran en diferentes formas de metalurgia o textiles de origen fenicio. Las escenas que aparecen en el cinturón encontrado en La Aliseda señalan claramente cuáles eran los temas favoritos de los fenicios. El grifo *passant* con las alas abiertas, y el combate entre un héroe y su enemigo. La familiaridad con los sellos sirio-fenicios debió de ser una ayuda al crear el collar de El Carambolo, que es una cadena larga de la cual cuelgan ocho sellos. La hábil utilización de antiguas técnicas de la orfebrería mediterránea (tales como el repujado, la filigrana y la granulación) indica que sólo talleres asociados con artesanos fenicios podían haber creado obras de arte tan magníficas.

Aunque no se tienen respuestas a los interrogantes, todo el mundo está de acuerdo en que las joyas tartésicas fueron producidas por fenicios occidentales o por orfebres locales que seguían las instrucciones de los fenicios.

El Efecto de Oriente en Occidente. Gracias a los colonizadores fenicios, los nativos del sur de la Península Ibérica tuvieron conocimiento de la escritura, incrementaron de forma considerable la producción de metales (en particular de plata), mejoraron sus técnicas de construcción y aprendieron a usar bien el torno de alfarero. En el plano ideológico los tartesios asimilaron los dioses y las diosas orientales (Melqart, Astarté y Reshef-Hadad). Adoptaron rituales funerarios de Oriente (tales como ceremonias que requerían el uso de platos, jarros y *thymiateria*). También adoptaron símbolos orientales como, por ejemplo, monstruos alados mitológicos (grifos y esfinges) o escenas de combate entre depredadores (leones) y presas (gacelas y ciervos). La mayoría de los artefactos arqueológicos de estilo oriental encontrados en territorio

tartésico son o bien artículos de lujo para uso personal u objetos rituales que en la mayoría de los casos se han hallado en tumbas.

Sin embargo, pese a las influencias inequívocamente orientales que recibió la sociedad de Tartessos, las comunidades autóctonas conservaron gran parte de su carácter local. La estructura de la sociedad, tal como la manifiestan los túmulos que forman cementerios completos, tiene sus raíces en la organización social del Bronce Final. No todos los objetos funerarios revelan una influencia oriental. Algunos de ellos (tales como las fíbulas, las hebillas para cinturón y los cuchillos) son de estilo local y pueden asociarse formalmente con artículos producidos por comunidades de la península que no eran las que vivían en las regiones meridionales.

GRIEGOS PRIMITIVOS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

Se cree que los primeros colonizadores llegaron a Emporion a comienzos del siglo VI a.C. (entre 600 y 570 a.C.) A pesar de la connotación efímera del nombre, Emporion fue una colonia duradera que floreció en el período helenístico, como ciudad griega. El general romano Cneo Cornelio Escipión desembarcaría con dos legiones en Emporion para empezar la conquista de la Península Ibérica en 218 a.C.

Los Documentos de los Griegos Occidentales. Los griegos y los cartagineses pusieron fin a sus diferencias con un acuerdo (el tratado de 509 a.C.) relativo a sus aguas territoriales. Se cree que después de la “derrota” de Alalia los cartagineses impusieron un “embargo comercial” en virtud del cual los griegos podían navegar sólo hasta la costa nororiental de la Península Ibérica. No hay datos arqueológicos que corroboren que realmente se hizo cumplir esta limitación. No obstante, las consecuencias potencialmente desastrosas que para los foceos tuvo el enfrentamiento de Alalia hacen de esta célebre batalla un posible momento crucial de la trayectoria de los griegos en la Península Ibérica.

Los foceos compartían con los fenicios la búsqueda de minerales metalíferos en la región de Tartessos. Estos mercaderes podían llevar en sus naves artículos que los tartesios cambiarían gustosamente por plata y cobre, grano, sal u otros productos. Hablando cronológicamente, los fenicios fueron los primeros en introducir sus artículos para la venta en territorio tartésico. Sin embargo, algunas de las primeras mercancías con las que comerciaron en Tartessos no eran fenicias, sino áticas, chipriotas, eubeas o corintias. No puede refutarse por completo la hipótesis de que en anteriores navegaciones, de las que no hay constancia, los griegos adquiriesen un buen conocimiento del litoral de la Península y las islas situadas junto a la ruta de las Columnas de Hércules. Los diversos topónimos que terminan en “oussa” (tales como *Kromyoussa*, *Piyoussa*, *Kottinoussa* y *Ophioussa*) en la ruta “interinsular” bien pueden dar verosimilitud a esta idea. Con todo, sólo a partir de las postrimerías del siglo VII a.C. y la primera mitad del VI a.C. empiezan los hallazgos griegos en la región de Tartessos a ser suficientemente abundantes como para que podamos afirmar que, para entonces, los fenicios habían encontrado verdaderos competidores de origen griego en el territorio de Tartessos.

Los Griegos en Tartessos. A pesar de las afirmaciones contundentes y claras del autor romano Estrabón, la búsqueda de la Mainake focea, en territorio fenicio, es uno de esos enigmas de la historia antigua cuya comprobación es difícilísima.

Foceos en Emporion. Los griegos que se establecieron en Emporion eran foceos de la colonia de Massalia. La ciudad vieja de Emporion, la *palaiapolis*, estaba situada en lo que entonces era una pequeña isla costera (hoy una franja de tierra que penetra en el mar: el pueblo de San Martí d'Empuries), enfrente del territorio pantanoso del sur del golfo de Rosas. El emplazamiento y los diversos vestigios helénicos orientales que se han encontrado durante una excavación exploratoria en Sant Martí indican que la ciudad "vieja" de Emporion era, de hecho, un puerto abierto al comercio exterior. Sin embargo esta hipótesis es sólo conjetural. Una vez las condiciones fueron apropiadas, los emporitanos sintieron la necesidad de trasladarse a una colonia permanente en la península (25 años más tarde, en 575 a.C.). Al principio tenían la intención de vivir en armonía con los nativos, toda vez que la colonia era adyacente al asentamiento ibero.

La *neapolis* no fue autosuficiente hasta el siglo V a.C. momento en que tenía su propio comercio de vino y aceite de oliva (que eran transportados en ánforas de fabricación local) y producía monedas que llevaban sus propios símbolos. A partir de entonces y durante todo el siglo IV a.C, la colonia mantuvo una buena relación comercial con Atenas y sirvió de punto de distribución de la cerámica ática en las islas Baleares y en Levante.

En los tiempos clásicos, Emporion fue próspera y se gobernaba a sí misma. Tuvo repercusiones profundas en los vecinos asentamientos autóctonos. En la Segunda mitad del siglo V a.C. la colonia ya estaba amurallada y tenía un complejo religioso (templo, altar y *temenos*) fuera del recinto suroccidental, como se ha visto en excavaciones recientes. Se encontraron viviendas iberas cerca de allí. Es posible, pues, que el lugar sagrado desempeñara un papel en la concesión de la igualdad a los griegos y los iberos que constituían la sociedad de la *polis*. En el siglo IV a.C. se dotó a la ciudad de nuevas defensas proyectadas de acuerdo con las técnicas militares más avanzadas y el templo fue renovado (y dedicado nuevamente a Asclepios).

Ullastret, población amurallada que está a sólo 14 Km. de Emporion, veía de cerca y compartía el bienestar de la colonia griega. Emporion fue objeto de una renovación monumental en la época helenística, después de la cual presentaba casas y edificios públicos de gran suntuosidad. Hasta la época de la república romana no se reforzó la muralla con torres, a la vez que la ciudad se extendía y los antiguos edificios religiosos pasaban a formar parte de ella. Se añadió un barrio romano al lado meridional de la ciudad, poco después del desembarco de las tropas de Escipión en 218 a.C.

Al principio se creía que la ciudad romana, en el lado meridional de la colonia, cubría el lugar donde estaba la población autóctona. Sin embargo, en las excavaciones efectuadas en esta zona en tiempos modernos no se ha encontrado material anterior al siglo III a.C. El debate académico en torno al emplazamiento y el papel de Indica continuará durante algún tiempo.

Los Rodios y la Fundación de Rhode. Estrabón y Seudo-Escimnos quieren hacernos creer que los foceos (procedentes de Massalia o Emporion) no fueron los

primeros griegos que se establecieron en el golfo de Rosas. Dentro de la arqueología ha resultado difícil determinar una fecha tan temprana para Rhode. Los restos de cerámica encontrados en el lugar mismo no parecen ser anteriores al siglo V a.C. Objetos rodios hallados en yacimientos próximos a Massalia o en Tartessos sólo podían ayudar a defender la teoría de una temprana expedición conjunta por mar a la Península Ibérica por parte de colonizadores griegos (de Calcis o Rodas) y fenicios. La historia documentada de Rhode empieza cuando esta bajo el control de Massalia en el siglo IV a.C. Aunque los fragmentos de cerámica griega procedente de Massalia, o transportados por los masaliotas, pueden datarse en la segunda mitad del siglo V a.C, Rhode no se convirtió en una población próspera hasta el final del siglo III a.C. Fue entonces cuando Rhode produjo una serie sumamente atractiva de dracmas de plata en las que aparecía el símbolo de la propia ciudad: una rosa. Fue probablemente en aquella época cuando los rodios, maestros de la navegación marítima, fomentaron la historia de la fundación ancestral de Rhode por ellos mismos, concepto que contribuiría a reforzar su identidad diferente, comparada con la de los foceos.

Colonias Focreas en Levante. Las repetidas demandas de los cartagineses de que no hubiera comercio griego (acuerdos de 509 y 348 a.C.) en la zona marítima situada al sur de Mastia Tarseion (la actual Cartagena) también indican que los griegos ejercían un verdadero control de la costa mediterránea de la Península Ibérica. A partir del último cuarto del siglo VI a.C, Tartessos ya no fue tan accesible para los griegos y es probable que Levante fuera una buena región para retirarse a ella. Además, en Levante se encontraban dos recursos muy buscados: la sal y el esparto.

Si repasamos los primeros hallazgos de restos griegos en Levante, veremos que se ha encontrado mucha cerámica griega, de la segunda mitad del siglo VI a.C, en yacimientos autóctonos situados entre los ríos Júcar y Segura. Sin embargo, ninguno de los yacimientos que hasta ahora se han descubierto en la zona formaría la base de una “colonia focea” en el sentido de un asentamiento permanentemente griego.

Tradicionalmente se sitúa Hemeroskopeion en la península de Ifach (Denia), ya que es el accidente geográfico más singular que se ajusta a la descripción que hace Estrabón: “también lo llaman Dianium, el equivalente de Artemisium”. Dijo el geógrafo. Las otras dos “colonias” eran Alonis, a la que se considera situada en Benidorm (o en Santa Pola) y Akra Leuke, que se cree que se corresponde con el nombre romano de Alicante, Lucentum. Recientemente se ha sugerido que Akra Leuke debería situarse 3 Km. al norte de Alicante, en Tossal de Manises (La Albufera).

Naturalmente, la falta de pruebas concluyentes nos induce a refutar por completo su existencia. Sin embargo, siempre es tentador suponer que había puestos avanzados (no colonias) de los griegos detrás de algunos de los rasgos helénicos del arte y la cultura material de los iberos.

Resumiendo, toda conclusión sobre las actividades de los primeros colonizadores griegos en estas tres regiones de la Península Ibérica puede ser desconcertante y decepcionante. Rhode no se puede considerar una colonia activa en los siglos VII y VI a.C. Después de la gloria y la prosperidad de Huelva, en el siglo VI a.C, la influencia griega en Tartessos parece desvanecerse. La *neapolis* de Emporion, también en el siglo VI a.C, no se conoce con exactitud. Finalmente, los indicios que corroboran el concepto de “colonias” en Levante deben considerarse sólo

aproximativos. Probablemente se necesitan nuevos descubrimientos para completar la visión de la “colonización griega” en la Península Ibérica.

LA PENÍNSULA IBÉRICA ANTES DE LOS ROMANOS

CARTAGO E HISPANIA ANTES DE LAS GUERRAS PÚNICAS

Este tema delinea un tercer grupo de colonizadores en la región de la mítica Tartessos, desde una época (comienzos del siglo VI a.C.) en la cual parece que se produjo un cambio crítico (a menudo llamado “crisis”) en la relación entre los extranjeros (fenicios y griegos) y los tartesios. En este período de la Antigüedad, la Península Ibérica se sumió en dificultades políticas muy diversas, dominada por las dos grandes ciudades-estado, Roma y Cartago. El período esboza las condiciones que existían en la península antes de la conquista histórica de Hispania por la familia cartaginesa de los Barca en 237 a.C, después de que Cartago fuera derrotada por los romanos en la primera guerra púnica (241 a.C.). Finalmente, este es también un campo de estudio que en potencia podría arrojar luz sobre los componentes cartagineses de la religión, los textos de la escritura, la fabricación de cerámica y la vida urbana.

Cartago y Gades. Cartago fue fundada en 814 a.C, y fue una colonia occidental de Tiro, situada en un cabo del golfo de Túnez, el cabo Bon. Junto con Gades, situada allende del estrecho de Gibraltar, se la consideraba destacada (aunque independiente) colonia fenicia y eslabón clave de la cadena de comercio y comunicaciones entre el Mediterráneo oriental y el occidental. Al producirse la caída de Tiro, por obra de Nabucodonosor de Babilonia, Cartago ya era gobernada por una poderosa dinastía aristocrática, la de los Magón. Cartago se convirtió posteriormente en la “nueva Tiro” del mundo occidental fenicio.

Colonias Púnicas en Hispania. Hasta el siglo V a.C. no es posible identificar claramente a la población púnica en los asentamientos fenicios de Hispania. Hay indicios de tempranas ocupaciones por parte de los cartagineses, en el siglo V a.C, que también aprovecharían la afortunada posición geográfica de Ibiza. Al parecer, algunos miembros de la comunidad seguían rituales funerarios (inhumaciones) que son característicos de los primitivos cartagineses. No obstante, el reconocimiento de Ibiza como colonia púnica sólo puede examinarse, en términos arqueológicos, desde comienzos del siglo IV a.C. La ciudad, que estaba densamente poblada, dejó restos sepulcrales y artefactos funerarios de carácter cartaginés (lámparas, cáscaras de huevo de avestruz y figurillas de terracota) en la célebre necrópolis de Puig des Molins. Una serie de asentamientos rurales contribuían a mantener los recursos agrícolas básicos. El culto de la diosa cartaginesa Tanit se instauró firmemente en varias cuevas naturales a la vez que ofrendas votivas reflejan también el fuerte atractivo religioso de las deidades cartaginesas (Eshmún o Baal Hammon) en la isla de Ibiza.

Las colonias fenicias en la Península Ibérica (Gades, Toscanos, Sexi, Malaca, Abdera, y Baria) daban a Cartago la oportunidad de explotar sus recursos en el sur. Tales “colonias” no alcanzarían la categoría de ciudades hasta el siglo II a.C, época en que su sistema monetario era sin duda alguna de tipo cartaginés.

Después de algún tiempo, la introducción de tradiciones cartaginesas en estos asentamientos se advierte en los cambios habidos en los rituales funerarios, al sustituirse la incineración por la inhumación. Hasta cierto punto, esto ya podía observarse en la necrópolis de Trayamar a finales del siglo VII a.C. Sin embargo, las consecuencias plenas de las interacciones púnicas no aparecen hasta el siglo V a.C. Los sucesores púnicos de las comunidades que otrora vivieran en el Cerro del Mar y en Almuñecar trasladaron sus cementerios al lado de los antiguos asentamientos fenicios (necrópolis de Jardín y Puente de Noy, respectivamente), y pusieron objetos funerarios de estilo cartaginés en sus inhumaciones.

Sin embargo, de todos los antiguos asentamientos fenicios que había en la Península Ibérica, los que muestran los efectos más obvios de la influencia cartaginesa en ella son Gades y Baria (Villaricos). Gades era la principal población del mundo fenicio que se encontraba ante la región de Tartessos. Baria se hallaba situada en una región que era rica en minerales metalíferos y donde en otro tiempo floreció una notable comunidad del Calcolítico. Una vez más, el cobre, el oro, el plomo y, en especial, la plata eran los materiales esenciales que buscaban los colonizadores. Gades se convertiría en una ciudad importante y densamente poblada a partir del siglo V a.C, como indica la abarrotada necrópolis situada en el lado oriental de la gran isla de Kotinoussa (la necrópolis de Punta de Vaca). Extendió su influencia comercial y cultural hasta Huelva y el suroeste. Algunos de los ciudadanos de Gades pudieron permitirse encargar a artistas griegos de Sidón que produjesen sarcófagos antropomórficos y los exportasen al otro extremo del Mediterráneo. La prosperidad y el crecimiento de la ciudad alcanzaron su apogeo en el siglo IV a.C. época en que el garo (*garum*) de los gaditanos se convirtió en un producto alimentario que se consumía en muchas partes del mundo antiguo, incluida Atenas, donde era apreciado en particular. Durante este período, la joyería de Gades consiguió un grado excepcional de creatividad y calidad. Sin embargo, se encuentra muy poca información sobre la ciudad propiamente dicha y los artículos funerarios de los cementerios púnicos están mal documentados. Finalmente, Gades fue el puerto donde Amilcar Barca desembarcó en 237 a.C. Pero parece que ni siquiera incluso una dócil alianza con Cartago hizo que la antigua colonia fenicia del estrecho de Gibraltar perdiera su independencia y dejara de ser autosuficiente.

El asentamiento púnico de Baria permite ver amplios vínculos tradicionales y culturales con Cartago. Como en el caso de Ibiza y otros asentamientos púnicos en otro tiempo había vivido en la misma zona una pequeña comunidad de fenicios, muy cerca de los primitivos colonizadores de la costa de Málaga.

Baria era un lugar muy productivo, y en este sentido era una auténtica colonia. Aparte de los minerales metalíferos de la sierra Almagrera y la sierra de Herrerías (cobre, plata, plomo, oro y grandes cantidades de hierro), la región estaba provista de sal y pescado para elaborar garo, múrice para producir púrpura, esparto para hacer cuerdas, madera para construir naves, etc. Además, Baria estaba bien situada para exportar los minerales y otros artículos, y también disfrutaba de un acceso bastante fácil a los recursos de grano del valle del Alto Guadalquivir.

Los orígenes de la comunidad púnica de Baria se remontan al siglo VI a.C. Sin embargo, como en el caso de Gades y Ebusus, fue durante el siglo IV a.C. cuando Baria alcanzó su nivel más alto de actividad. En la ciudad de Baria también se han documentado cisternas y locales industriales. Salió intacta de la segunda guerra púnica

y continuó existiendo hasta la conquista romana en 209 d.C. La necrópolis de Baria ha proporcionado datos de sus orígenes púnicos hasta el siglo I d.C.

En el período clásico (los siglos V y VI a.C.) los enterramientos en los antiguos asentamientos fenicios (Gades, Toscanos, Malaca, Sexi y Baria) de la península y de Ibiza en las islas Baleares muestran claramente la relación especial entre las colonias occidentales de los fenicios y la colonia tiria de Cartago. Fue, como mínimo, un siglo antes (en el IX a.C.) cuando tocó a su fin la fase primaria de la ocupación fenicia. Al igual que en Gades, el ritual funerario cartaginés (la inhumación) fue la señal de una nueva era en los asentamientos fenicios situados a lo largo de la costa suroriental.

REGIONES, TRIBUS, CIUDADES Y *OPPIDA* EN EL SUR DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

Los Documentos Romanos de Turdetana. En tiempos de los romanos de la Península Ibérica era el país por el que pasaba el Betis, la provincia de la Bética, y hacía pensar en un viejo concepto mítico, la idea de la rica región de Tartessos. La mayor parte de este extenso territorio llevaba el nombre de sus habitantes, los turdetanos, y se llamaba Turdetania.

Las Ciudades de Turdetania. Hasta cierto punto, si la existencia de un núcleo organizado con viviendas para los seres humanos, situado dentro de un marco rural (el concepto básico de ciudad) puede juzgarse en términos de la sustitución de chozas redondas por casas cuadradas con cimientos de piedra, o por la construcción de una muralla ciudadana, la urbanización en Turdetania empezó durante el Bronce Final. Estos rasgos arqueológicos también son comunes en muchas de las ciudades turdetanas que hemos citado a partir de mediados del siglo VIII a.C. Las inspecciones arqueológicas indican una concentración notablemente densa de yacimientos autóctonos en el valle del Bajo Guadalquivir, en unos momentos en que era tangible la presencia de colonizadores fenicios en la costa de Cádiz y Málaga. Las campiñas del valle del Alto Guadalquivir eran también regiones con una elevada concentración de asentamientos durante la época de la influencia fenicia en el sur de la Península (en el siglo VII a.C.). Los asentamientos más destacados se encontraban en posiciones montañosas, pero también hubo ocupación en el fondo de los valles, en emplazamientos bajos. Al parecer, en ambos casos las comunidades mantuvieron un modo de vida rural, aunque se encontraron los productos domésticos y cerámicos de los colonizadores. Si bien parece que los asentamientos situados en terreno relativamente bajo se poblaron de nuevo en el siglo VII a.C, los que estaban situados a mayor altura habían superado una fase de desarrollo, con el consiguiente incremento de la habitación. La construcción de grandes fortificaciones no se convertiría en una empresa importante entre los turdetanos hasta finales del siglo VII a.C. y comienzos del VI. Paradójicamente, deberíamos recordar que se trata del período de la llamada “crisis de Tartessos”, y también el período durante el cual los asentamientos fenicios en el sureste de la Península Ibérica y la estructura de la economía tartésica muestran señales de estar perdiendo terreno.

A principios del siglo V a.C. aumentó la construcción de ciudades y *oppida* en el territorio alto de Turdetania. Los *oppida* adquirieron particular importancia y las cumbres de muchas colinas se transformaron en fortines. Es en el valle del Alto Guadalquivir, junto a sus afluentes orientales (los ríos Guadajoz, Salado de los Villares, Guadalbullón y Guadalimar) donde más de cerca puede seguirse el comienzo del proceso de urbanización en el sur de la Península Ibérica, aunque sólo hasta cierto punto. En el caso de otras partes de Turdetania, con la excepción de Tejada la Vieja, prácticamente no hay información sobre el desarrollo urbano antes de que se fundasen ciudades ibéricas subordinadas a la autoridad romana.

Los *Oppida* y las *Turres Ibéricas del Valle del Alto Guadalquivir*. En los tiempos prerromanos las tierras altas de las provincias de Jaén y Córdoba (las Campiñas) mostraban de forma simultánea gran número de *oppida* y *turres*. Esta región variada, que se extiende de los bordes del sistema Penibético a las llanuras del río Guadalquivir, se caracteriza por un paisaje salpicado de gran número de asentamientos montañosos que están muy cerca unos de otros. En cierto modo, los emplazamientos fortificados parecen ser un componente natural de este paisaje. Hay minas de cobre y plata en la región, en la margen septentrional del río Guadalquivir (las menas de Sierra Morena), y también es muy conocida por la abundancia de sus productos agrícolas. El comercio y el intercambio con las regiones cercanas se llevaría a cabo sin contratiempos gracias a que existían rutas accesibles en varias direcciones. Al este, el río Segura proporcionaría un ruta hacia los asentamientos ibéricos de Levante y, andando el tiempo (230-209 a.C.) a la ciudad púnica de Cartago Nova. Al sureste, el río Guadiana Menor llevaría a los comerciantes a la región donde la mena de plata abundaba desde el Calcolítico y don se hallaba situada una colonia fenicio-púnica, Baria. Al sur, los ríos Genil y Guadalquivir llevarían a los puertos de la costa de Málaga, especialmente al de la púnica Malaca, y a Gades, donde los productos agrícolas de las Campiñas del interior se cargarían en barcos para su exportación.

Varias ciudades célebres se encuentran en esta región del valle del Alto Guadalquivir. La más notable es Cástulo, que era un gran asentamiento fortificado junto al río Guadalimar y tenía acceso a abundantes minerales metalíferos y acabó siendo centro clave de la política de los barquidas en España. Estaba densamente poblada durante los siglos V y IV a.C. como atestiguan los numerosos enterramientos que datan de esta época. Aunque a veces los datos son tenues, se han observado restos de murallas urbanas del Bronce Final en algunos de los *oppida* ibéricos del valle del Alto Guadalquivir: Ategua, Cerro de la Plaza de Armas y Torreparedones. Podría sugerirse, pues, que el proceso de consolidación urbana en los *oppida* del sur de la Península Ibérica ya estaba en marcha durante este periodo, aunque estos cambios no arrollaron a los anteriores y congestionados asentamientos posfenicios del valle del Alto Guadalquivir.

Al parecer, en algunos de los *oppida* y asentamientos del valle del Alto Guadalquivir la vida urbana queda paralizada hacia 500 a.C. Se da la circunstancia de que este período de “muerte aparente” coincide con la llamada “crisis de Tartessos” en el valle del Bajo Guadalquivir. Cuesta creer que esta crisis se extendiera profundamente y afectase a todo el sur de la Península Ibérica. Los indicios son discutibles, pero una consecuencia significativa de este período crítico de finales del siglo VI a.C. es la desaparición de las condiciones de vida del Bronce Final que quedaban en los *oppida*.

Durante el siglo V a.C. se produjo un notable impulso del desarrollo urbano en los *oppida* del Alto Guadalquivir. Es en este momento cuando los asentamientos fortificados empezaron a cobrar forma de ciudades, a la vez que sus comunidades tomaban las primeras medidas en previsión de un *modus vivendi* organizado. La prosperidad pareció continuar durante el siglo IV a.C, pero no duró hasta finalizar el siglo.

Es durante este período (el llamado Ibérico Pleno o Ibérico Clásico) cuando las indagaciones arqueológicas han demostrado que el valle del Alto Guadalquivir estuvo habitado intensivamente. Los *oppida* predominan hasta tal punto, que han sido sometidos al análisis estadístico basándose en su tamaño y su ubicación. En años recientes la evidente asociación mutua de los *oppida* ha hecho que se clasificaran los asentamientos de acuerdo con su rango jerárquico y sus intercambios mutuos. El territorio ibérico tendría, pues, asentamientos complementarios, lo cual refleja una organización deliberada de los recursos económicos. Esta visión puede ampliarse hasta abarcar la idea de un estado ibérico, encargado de tomar decisiones en asuntos tales como los cambios de límites, la planificación comunitaria, la productividad agrícola, la protección de las redes comerciales y otros aspectos logísticos.

A medida que se acerca la época de la segunda guerra púnica (mediados del siglo III a.C.) el Alto Guadalquivir vuelve a ser la región que marcha a la cabeza del proceso de desarrollo urbano, lo cual significa no sólo la renovación de casas individuales, sino también la mejora de obras públicas (murallas, calles y espacios comunes). En algunas de las ciudades también los santuarios religiosos adquirieron nueva vida en este período. Mientras en algunos asentamientos fortificados se reformaron las viviendas domésticas. En otros asentamientos que ocupaban posiciones destacadas, aunque no tan señaladas, también se hicieron grandes renovaciones que continuaron después de la primera administración romana (de los siglos II y I a.C.). Los asentamientos que se citan a continuación son testimonio de la vitalidad de este último período de la tradición ibérica: la ciudad amurallada de Iponuba (Baena), el prominente asentamiento del Cerro de la Cruz (Almedinilla), el del Cerro de Maquiz, y también los asentamientos de Los Altos del Sotillo (Castellar de Santisteban) y la Plaza de Armas de Sevilleja, en Jaén.

Parece ser que los *oppida* y las torres empezaron a construirse más o menos en la misma época, hacia mediados del siglo VI a.C. Cerro de la Coronilla (Cazalilla) ofrece uno de los pocos ejemplos de fecha temprana confirmada. Si bien los *oppida* ejercían un dominio completo sobre el territorio (en los siglos V y IV a.C.), la necesidad de más protección local de los campos empujó a crear un sistema de torres. Sin embargo, a las torres, al igual que a las fortificaciones en los *oppida*, les tocó la parte correspondiente de las consecuencias de los tiempos difíciles, y el final del siglo IV a.C. y el principio del III constituyen otro período de construcción o refuerzo.

Gades y las Ciudades Turdetanas del Suroeste. La marcha hacia un modo de vida urbanizado en Turdetania durante el siglo V a.C. coincide con las expectativas que proporciona la ciudad de Gades. A la sazón, Gades debía de ser un puerto de mucho movimiento que fomentaba el tráfico de mercancías mediterráneas a cambio de productos ibéricos. La ciudad debía de tener no sólo residentes, sino también visitantes que estaban familiarizados con la forma de vida urbana en Emporion, Massalia y otras ciudades griegas del Mediterráneo occidental. En general, el avance hacia condiciones

urbanas en los asentamientos ibéricos del suroeste se retardo un tanto. La excepción importante, sin embargo, es Tejada la Vieja, en Huelva. Antes de que se convirtieran en ciudadanos romanos, los turdetanos tuvieron una historia larga y agitada. Este asentamiento que estaba en el núcleo de la región de Tartessos, se convirtió en un *oppidum* antes de finalizar el siglo VII a. C. Sin embargo, fue durante el siglo V a.C. cuando la comunidad de Tejada la Vieja alcanzó un elevado nivel de vida. Las viviendas estaban separadas de los hornos, las casas estaban aireadas y limpias y sus ocupantes tenían por costumbre deshacerse de los escombros y la basura. La ciudad tenía una red de calles bien planificada. Por desgracia, la afluencia material no duró mucho: en el primer cuarto del siglo IV a.C, Tejada la Vieja ya había sido abandonada.

LOS SANTUARIOS DE LOS IBEROS

Los Iberos de la Península Ibérica. Además de las principales tribus del sur (turdetanos, oretanos y bastetanos), los iberos del sureste (contestanos y edetanos) deben incluirse en el grupo al que se hace referencia utilizando el epíteto general de iberos. Las creencias y ritos religiosos y las formas de culto comunes se encontraban entre las características fundamentales de los iberos más cultivados y urbanos. Por esta razón, el nombre genérico de iberos sigue siendo aceptable cuando se habla, por ejemplo, de la religión entre los diversos grupos que poblaban el sur y el este de la Península Ibérica.

Deidades Mediterráneas Entre los Iberos. Desde la época colonial, dioses y diosas orientales habían viajado desde el este del Mediterráneo hasta el territorio de las Columnas de Hércules, donde habían quedado consagrados. Las deidades Melqart y Astarté de los fenicios; Artemisa, Cronos y Deméter de los griegos y los grecopúnicos; y la diosa Tanit de los cartagineses, habían sido introducidas en las colonias respectivas durante períodos diferentes. Melqart de Tiro tenía un ostentoso templo de gran renombre en el lado oriental de la principal isla de Gadeira (cerca de la actual isla de Sancti Petri). Cronos y Astarté también fueron honrados en Gades. Las deidades Deméter y Tanit eran veneradas en centros de población cartaginesa, tales como Villaricos (Almería), o en la colonia cartaginesa de Ibiza. Ambas, particularmente Tanit encontró gran aceptación entre los iberos del Levante. Astarté, Reshef y Hadad eran deidades semíticas cuyas imágenes de bronce fueron aceptadas de manera general y se produjeron en territorio tartésico. Ciertos rasgos de más de una deidad quedaron incorporados en figuras sagradas ibéricas: damas sentadas en tronos, símbolos e imágenes de origen griego como esfinges, leones, toros, jabalís, sirenas, grifos, lobos, ciervos, etc.

Santuarios Junto al Mar en las Columnas de Hércules. El Cabo San Vicente, en la costa occidental, atlántica era designado como “sagrado” por su propio nombre: Hieron Akroterion. El cabo de Palos en la costa oriental, mediterránea, cerca de Cartago Nova, era calificado de lugar rocoso o perforado, dedicado al dios romano Saturno, al que se identificaba con el dios fenicio Baal Hammón y el dios griego Cronos, el padre de Zeus.

Con el tiempo los fenicios encontraron el lugar sagrado de Gades donde Melqart se convertiría en el centro de un culto duradero en un templo y donde recibiría muchas ofrendas de los comerciantes marítimos. Sin embargo, antes de llegar a Gades desde el oeste, había otro lugar sagrado en un emplazamiento acuoso, cerca del estuario del río Guadalquivir, en Sanlúcar de Barrameda. En este lugar había un “santuario de Fósforo” (portadora de luz) al que llamaban “Lux Dubia” (crepúsculo). Parece que era un hito sagrado de la ruta de navegación relacionado con un notable santuario situado en un paisaje pantanoso en el lado oriental de la desembocadura del río: el santuario de La Algaida. Desde el siglo VI al II a.C. miles de pequeños exvotos fueron llevados al santuario. Las estructuras descubiertas, indican un *temenos* abierto con edificios aparte para guardar ofrendas.

Es posible que estos accidentes geográficos destacados sirvieran para orientar a los navegantes (Akroterion Heras, la isla de Hera; Lunonis Promonturium, promontorio de Juno, posiblemente Trafalgar; Calpe, Peñón de Gibraltar; la isla de Lux Divina, etc...). No obstante, puede que a causa de la asociación instintiva de un lugar digno y misterioso con una divinidad, estos lugares fuesen reconocidos como “santuarios”.

Cuevas Sagradas. Los iberos utilizaban cuevas donde no entraba la luz, para fines religiosos. La cueva de Gorham, es prueba de ello, pues los hallazgos dan artefactos, cuencos de cerámica, adornos personales, amuletos de vidrio, etc. La diosa púnica Tanit tenía un santuario en una cueva de Ibiza (Cova d'Es Cuyram). El emplazamiento oculto de tales lugares hace pensar en una búsqueda religiosa que tiene sus propios atributos. Es posible que incluso las cuevas en sí mismas fuesen objeto de culto, debido al descubrimiento del pequeño objeto de terracota que representa una cueva, recuperado en la necrópolis de La Albufera (Alicante). Se cual fuere su finalidad, los propietarios de las cuevas que vivieron durante una fase tardía del período ibérico, celebraban rituales en los que intervenían uno o dos de los elementos básicos de la naturaleza: el agua o el fuego.

Santuarios de Montaña. Dos célebres santuarios de los iberos estaban situados en una región escasamente poblada cerca de las estribaciones de la Sierra Morena, en el territorio de la tribu oretana. Ambos están en cavernas, aunque también tenían una zona sagrada en el exterior, donde restos de plataformas y viviendas no identificadas son testimonio de un culto de carácter incierto. Se han encontrado miles de figurillas de bronce fundido en los alrededores amontonadas en pozos artificiales u hoyos naturales.

El mayor de estos dos santuarios de montaña es el Collado de los Jardines (Santa Elena), en el paso de Despeñaperros. Era un lugar santo donde acudían iberos, iberorromanos y romanos a rendir culto. El estilo griego arcaico de algunas de las figurillas de bronce indica que la costumbre de hacer ofrendas sagradas empezó en fecha temprana (siglo V a.C.). Las figurillas eran producidas por el santuario, durante tres siglos por lo menos. Representan la manera como hombres y mujeres, les gustaba que les viese la deidad. Los hombres aparecen como guerreros, jinetes o sencillos adoradores en actitud reverente, o con atuendo piadoso. Las mujeres adoptan gestos dignos y tienen en la palma de las manos pequeños obsequios circulares que ofrecen a las deidades. Se introducen animales (caballos, toros, carneros y pájaros) en los recintos sagrados, Sin embargo, algunos de los devotos también abogan por la salud o el bienestar, como indica la ofrenda de ojos, piernas, pies o brazos. Hay indicios de

asentamiento en el segundo santuario, Los Altos del Sotillo (Castellar de Santisteban) fundado durante la última fase del período ibérico.

Un Santuario Con Adoradores de Piedra. Hay un santuario que ha proporcionado más de 200 exvotos de piedra labrada. Este célebre yacimiento es el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo), en la provincia de Albacete. La mayoría de exvotos son figurillas de adoradores. No ocupa una posición prominente, sin embargo, allí se construyó un edificio sagrado, de planta rectangular con un porche, pero la relación de estos restos con las esculturas es incierta. Entre las esculturas hay figuras (que se consideran femeninas) sentadas en tronos, gran número de cabezas solitarias, unos cuantos jinetes, algunos animales (caballos, toros y cabras) e individuos vestidos con túnicas romanas (el palio, *pallium*). La mayor parte de los exvotos puede dividirse en dos grupos: damas de pie, ataviadas con prendas nobles (mantos, vestiduras interiores y velos) y luciendo espléndidos peinados. Y hombres que visten con discreción pero que también llevan ornamentos en los brazos. Las damas sostienen un vaso con ambas manos, mientras que los hombres llevan un cuenco en la mano derecha.

Santuarios en Los Asentamientos Ibéricos. Exvotos parecidos a los que se ofrecían en las cuevas de Sierra Morena, y hechos también de bronce, se llevaban al santuario de Nuestra Señora de La Luz (Verdolay) en la provincia de Murcia. Este santuario estaba en el núcleo de un asentamiento. Existía también una fuente de agua. Se han asociado ciertos edificios, pero no se ha reconocido ningún templo. En vista de que ocurre algo parecido en otros lugares, es posible que la deidad fuese adorada como ser espiritual (especulativo).

El Santuario de la Luz es sólo uno de una serie de lugares sagrados que se conocen en los asentamientos ibéricos de Levante, pero debido a sus exvotos es de los más célebres. Otros yacimientos han proporcionado secciones de capiteles y columnas que son indicio de actividad religiosa.

Otro santuario de la región El Cigarralejo (Mula, Murcia) incluye una necrópolis en gran escala y un asentamiento. En este santuario la deidad prefería las ofrendas de caballos. La gente que adoraba en este santuario no tenía costumbre de derramar libaciones (a diferencia de otros importantes). Se han recuperado hasta 160 exvotos de caballos en un edificio dentro del asentamiento, talladas de manera tosca y pequeñas, pero con algunos ejemplos de precisión anatómica y adornos.

Esta santificación de caballos se extendió desde la región de Murcia hasta el territorio de Granada, valle del río Genil y la campiña de Córdoba. En el registro de El Cigarralejo los caballos fueron objeto de veneración entre los iberos en una fase tardía y durante unos dos siglos IV y II a.C.

Templos en la Península Ibérica Prerromana. Se construyeron templos y edificios religiosos en algunas de las poblaciones ibéricas más notables durante el proceso de romanización: Arse-Sagunto, Ullastret, Azaila y Cástulo. Sin ruptura clara, las técnicas romanas de construcción y los ritos iberorromanos se manifiestan en edificios de especial carácter monumental que se construyeron inmediatamente antes o poco después del cambio de era. Algunos de los templos ibéricos descubiertos se construyeron durante época romana. Los dos templos datados en fecha temprana (siglo

II a.C.) encontrados en la Ermita de La Encarnación (Caravaca, Murcia) son representativos de la transición entre los lugares sagrados ibéricos, posiblemente con estructura de madera y arquitectura religiosa romana de envergadura. Se construyeron dos templos de estilo jónico con un porche *in antis* y con un peristilo.

Se ha puesto al descubierto un templo y un complejo sagrado en la Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante). El edificio principal tiene un porche sostenido por dos columnas en la parte de delante, y el interior está dividido en tres partes. Enfrente de este templo, el lugar sagrado incluía un almacén y un recinto (*temenos*). El primer aspecto que hay que considerar es que la comunidad ha reservado un terreno de extensión para construir en él una “casa” donde venerar a una deidad. En segundo lugar, ha quedado confirmada la buena integración del culto religioso con las funciones seculares. En tercer lugar, ha quedado probada la hipótesis de que la fe espiritual de los iberos no requería una estatua o imagen. Finalmente se ha demostrado que un símbolo natural (una losa de piedra o una columna) se usa para representar la deidad (un árbol de la vida, un dios de la vegetación, la madre-diosa, etc.).

Cancho Roano. Es un santuario monumental que pertenece al período ibérico alto (siglos V-IV a.C) pero está situado en la periferia occidental del territorio de los iberos, en una región que era también el *hinterland* de los tartesios. La mayoría de arqueólogos están de acuerdo en que el lugar era sagrado y las actividades rituales tenían lugar dentro de él.

LAS COMUNIDADES IBÉRICAS Y SU ASPECTO GRIEGO CLÁSICO

Las importaciones griegas (en particular, cerámica del Egeo oriental) en tiempos de los asentamientos fenicios (siglos VIII-VI a.C.) ofrecen firmes indicios arqueológicos del alcance mediterráneo de la región de Tartessos. En los siglos V y VI a.C. la cerámica griega que reciben los iberos del sur y del este es todavía más abundante, pero los medios de transporte y reparto de la mercancía han cambiado por completo. El origen de las vasijas de cerámica griegas ya no está relacionado con el de los siglos anteriores: ahora proceden principalmente de Atenas, es posible que pasando por la Magna Grecia. Además, la pauta de distribución de estos artículos griegos y de las propias comunidades ibéricas ha cambiado. En los siglos que corresponden al período griego clásico los compradores de artículos griegos no son sólo las comunidades autóctonas que viven cerca de las colonias foceas del golfo de León (Massalia y Emporion), o cerca de los principales centros meridionales del pasado (por ejemplo, la Huelva “tartésica” o la Gades “fenicia”), como cabía esperar, sino la mayor parte de los numerosos asentamientos ibéricos situados en el litoral mediterráneo y en las regiones del sureste.

La mayoría de las vasijas áticas que recibían los iberos eran *kylykes*, *lekythoi* de figuras negras, cráteras de figuras rojas, ánforas con cuello, *oenochoi*, *skyphoi*, y *kantharoi*. Desde luego, no todos los iberos aceptaban los mismos tipos de vasos griegos en cantidades iguales, y tampoco se usaban estos artículos para propósitos idénticos, pero las comunidades ibéricas utilizaban la mayoría de ellas en sus ceremonias en honor de los muertos. Se empleaban para beber, para guardar líquidos

o perfumes, pero se destinaban fundamentalmente a las libaciones, a los banquetes sagrados y a impartir perfume o fragancia.

El análisis de la inmensa cantidad de cerámica ática introducida en las comunidades ibéricas, además de los broncees “clásicos” griegos, encontrados en la Península Ibérica, nos llevaría a la conclusión de que este período (en parte en el siglo V pero principalmente en el IV a.C.) estuvo dominado por estímulos helénicos, que tendrían importantes repercusiones en el arte (escultura), los oficios (cerámica), y la cultura de los iberos. Gran parte de los artículos áticos importados a la Península son de tipo común, de barniz negro, sin ninguna clase de distinción ni simbolismo. Y, a pesar de su importancia, la cerámica griega está presente sólo en proporciones relativamente pequeñas si se compara con los artículos de producción local.

Una decisiva aportación griega al desarrollo de la cultura de los iberos durante su período alto (los siglos V y IV a.C.) se considera asociada con el aspecto claramente griego de las esculturas ibéricas más célebres, entre las que están la esfinge de Agost, los grifos de Redován y Elche, el toro antropocéfalo (“bicha”) de Balazote y el Koré de Alicante. Asimismo, las figuras femeninas matronales (las damas de Elche y Cabezo Lucero, Baza y Llano de la Consolación) tienen rasgos que son comparables con figuras de estirpe griega, etrusca o púnica.

Los matices “griegos” de la escultura ibérica son claramente visibles, por muy independiente que fuera su formalización. Muchos otros componentes arqueológicos de la sociedad ibérica pueden considerarse aportaciones helénicas: por ejemplo, las cráteras y los *skyphoi* griegos eran tan conocidos y apreciados en la Península que los alfareros locales las imitaron. Los iberos de Levante transcribieron los caracteres de un arcaico alfabeto jónico. En el capítulo de la construcción, se citan técnicas griegas cuando se trata de explicar las imponentes defensas de obra de albañilería que se edificaron en algunos de los *oppida* del noroeste de la Península Ibérica, tales como Ullastret, Olérdola y el Castellet de Banyoles.

El Papel Dominante de la Ciudad Griega de Emporion. Emporion se convirtió en una importante ciudad griega del golfo de León durante el siglo VI a.C. Un significativo hallazgo arqueológico ha demostrado que ya antes de 540 a.C. comerciantes de Emporion emprendían viajes comerciales a la costa mediterránea de la Península, según indica una carta escrita en dialecto greco-jónico en una tablilla de plomo que se encontró en unas dependencias domésticas del noreste de la ciudad. Durante el siglo V a.C, cuando Massalia se encontró ante un descenso temporal de la actividad económica, Emporion pasó a ser un destacado centro comercial griego en el Mediterráneo occidental. La colonia vivió entonces un importante proceso de urbanización, en el cual se construyeron la muralla de la ciudad y varios edificios públicos. Al finalizar el siglo V a.C, Emporion ya había creado una red de intercambios con asentamientos locales, con muchos asentamientos en la costa ibérica (incluido Languedoc), y con la isla de Ibiza. A finales del siglo V a.C. y durante el IV, los vínculos entre los comerciantes en artículos griegos y los asentamientos ibéricos ya eran extenso y abarcaban el valle del Alto Guadalquivir.

Hasta bien entrado el siglo IV a.C. llegaron a las tumbas de Cástulo, Bastetania y Contestania tantos vasos áticos, que no es posible que Emporion fuera el único puerto encargado de almacenarlos y distribuirlos. Parece pues, que Emporion compartía sus actividades mercantiles en la Península con otros puertos de la Magna Grecia y Sicilia.

El comercio de cerámica ática en la Península seguía un complejo sistema de intercambio en el que no participaban sólo los griegos ibéricos, sino también otros griegos occidentales, cartagineses y, posiblemente, etruscos.

La Vida Urbana Local de los Iberos. Al examinar dónde y cómo vivían los iberos de las regiones orientales (Bastetania, Contestania, Edetania y el territorio de los ilergetes), vemos que las diversas comunidades se instalaban en buenas posiciones estratégicas, pero bastante cerca unas de otras. El número de asentamientos ibéricos conocidos en estos territorios es en verdad muy grande. Algunos de ellos habrían experimentado un renacer durante el Bronce Final y un célebre ejemplo de ello es el asentamiento del Puig d'Alcoy (Alicante). Sin embargo, la mayoría de ellos experimentaron un renacimiento de la vida comunal después de que empezara el comercio de artículos griegos en la costa. Varios asentamientos grandes (San Antonio de Calaceite (Teruel), Iluro (Mataró), Edeta (Liria) y la Bastida (Mogente), Ilici (Elche) y La Escuera (San Fulgencio)) eran centros donde se concentraban recursos económicos y humanos. Con todo, casi en ninguno de estos asentamientos ibéricos hay indicios de planificación urbana por parte de los griegos. Ni siquiera en el *oppidum* de Puig de Sant Andreu, en Ullastret.

En los numerosos asentamientos ibéricos descubiertos hasta ahora no hay barrios reconocibles para comerciantes o artesanos. Tampoco hay grandes edificios públicos aparte de los pocos edificios con porche que se han identificado como templos. Sin duda las comunidades pertinentes eran más complejas de lo que sus viviendas inducen a pensar, toda vez que alcanzaron niveles muy altos en la manufacturación de cerámica pintada, armas de hierro, textiles y otras formas de artesanía. En todo caso, los iberos mostraban un fuerte sentido de autodeterminación y autarquía. Tenían una lengua y un alfabeto propios, y se sentían orgullosos de su individualidad y de sus diferencias multitribales, como indican los diversos nombres de los grupos ibéricos que mencionan los autores romanos.

Las Tumbas y la Sociedad de los Iberos. Los artículos griegos que llegaban a la sociedad ibérica se destinaban principalmente a las tumbas. A causa de ello, los cementerios revisten especial interés, puesto que es en las necrópolis donde más visibles son las aparentes disparidades en las posesiones y la prosperidad de los iberos. Una vez más, las diversidades regionales impiden una visión general exacta. Sin embargo, hay unos cuantos asuntos comunes que deben considerarse: en primer lugar, en el ritual funerario (la incineración) no se observa ningún cambio desde el siglo V a.C. hasta el período romano, en todo el territorio suoriental. En segundo lugar, las armas de hierro (falcatas, lanzas, *soliferrea*, escudos (*caetras*) y cuchillos) son objetos típicos que se encuentran en toda suerte de sepulturas, pero casi exclusivamente durante el siglo IV a.C. Y en tercer lugar, el aspecto griego de la cultura ibérica está relacionado en líneas generales con monumentos sepulcrales del siglo V a.C. (que sufrieron graves desperfectos hacia 375 a.C.) y la cerámica ática del siglo IV a.C. Los valores guerreros y belicosos se tenían en gran estima, como demuestran los hallazgos de espadas de gran calidad con un rico decorativismo en las tumbas de cámara de la región del Guadiana Menor y en sepulturas de Levante. Algunos notables monumentos conmemorativos esculpidos muestran hombres que montan a caballo con aire

orgullosos, y el más significativo es el monumento de la necrópolis del asentamiento de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla).

Los cementerios ibéricos muestran varias formas de estructuras externas y sus sepulturas también contenían gran variedad de artículos, incluidos valiosos vasos griegos. Se han reconocido varias clases de monumentos sepulcrales: estructuras en forma de torre (del tipo que se encontró en Pozo Moro (Chinchilla), en Albacete); animales vigilantes en lo alto de columnas: los monumentos llamados “estelas-columnas” (la esfinge de Agost, los toros de Cabezo Lucero y Rojales, en Alicante, o la sirena de Corral de Saus, en Valencia); y grandes túmulos con una cámara central (como el de Galera, en Granada, o de Toya en Jaén). Había también esculturas de jinetes o guerreros a caballo en la cúspide de los túmulos, lo cual demostraba el dominio de tales sepulcros (Los Villares en Albacete).

Lo primero que hay que recordar es que los monumentos conmemorativos esculpidos y arquitectónicos de los iberos sufrieron enorme destrucción a finales del siglo V a.C. y en la primera parte del IV. Los animales de las “estelas-columnas”, las figuras femeninas sentadas en tronos y los grupos de batalla se destrozaron en pedazos.

LOS CELTAS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

Más allá de las regiones mediterráneas los antiguos pueblos de la Península Ibérica hablaban una lengua que era muy diferente de la de los iberos del sur. Era un lengua indoeuropea, documentada en escritura ibérica o latina a partir del siglo II a.C. en estelas funerarias, cerámica y monedas, o en *tesserae* (documentos que se producían para sellar acuerdos mutuos entre individuos, familias o ciudades). Más allá de la cordillera Ibérica (el valle medio del Ebro), la lengua se reconoce como “celta”. Sin embargo, en las zonas más occidentales (Lusitania y Gallaecia), la lingüística de los nombres de personas, de tribus y de lugares parece revelar un arcaico origen celta o vestigios de una lengua indoeuropea que no es celta.

Topónimos que terminan en “briga” (ciudadela) o que llevan el prefijo “Seg” aparecen con frecuencia. El nombre “*Nemeto*”, que significa “lugar sagrado y luminoso en el bosque oscuro”, es común entre los grupos del noroeste. Y la palabra “*Ambatus*”, que se refiere a una organización de patronazgo, es familiar en el centro del país de los celtas ibéricos: el dominio de los celtíberos.

En cualquier caso, Celtiberia es esencialmente un concepto geográfico que se asocia con el territorio situado al oeste de la cordillera Ibérica. Desde luego, la arqueología ha dotado a los celtíberos de un origen principalmente celta europeo, aunque también se ha revelado el contacto con los iberos, que no eran indoeuropeos. Sin embargo la tradición celta era también muy fuerte fuera de Celtiberia, como confirman los numerosos nombres étnicos y topónimos que llevan el prefijo “Theo”. Muchos yacimientos arqueológicos (castros) son indicio de un duradero complejo celta (que existió hasta bien entrado el período romano) en el noroeste (la cultura castreña). El límite meridional de sus topónimos (terminados en “briga” o “dunum”) trazaría una línea diagonal en el mapa de la Península Ibérica, desde el lado occidental de los Pirineos y el valle medio del Ebro hasta el estuario del río Guadiana.

Un institución “histórica” de los celtíberos era el *hospitium*, acuerdo de solidaridad entre visitantes que se inscribía en *tesserae hospitales*, de las cuales se han encontrado varias en Celtiberia. Esto indica su temor a una posible rivalidad, pero también su tendencia a viajar y cooperar con otras comunidades. Las referencias a la fuerte fraternidad étnica entre los celtíberos y otros celtas de la Península Ibérica son numerosas en la lengua y la estructura social, pero son en particular pertinentes en las cuestiones religiosas. *Lugus* (Lugh) era un dios pancelta y no antropomórfico, una deidad incorpórea. Esta divinidad (muy conocida en topónimos europeos) ha sido documentada en varios testimonios onomásticos en diversas parte de la Península Ibérica celta. Las *Matres*, deidades de la fecundidad de la Madre Tierra y sus masas de agua, o *Epona*, deidad que suele asociarse con un caballo eran otras diosas de carácter celta general, pero aplicables de manera particular a la religión de los celtíberos.

Tras casi 200 años de lucha (desde 218 a.C.) en los incivilizados territorios septentrionales de la Península Ibérica, en 19 a.C. el jefe militar romano Agripa (Marco Vespasiano) puso fin a este prolongado período de guerra en Hispania. Los tradicionales modos de vida rurales predominaron en los castros durante siglos, y lo mismo cabe decir de la estructura social. En Celtiberia fue la conquista romana la que causó el desarrolló urbano. La *Pax Augusta* se había logrado en el país celta (Celtiberia o Caesaraugusta) , así como en el país de los túrdulos (Augusta Emerita).